



María Cristina González Ortiz

“La anexión de Texas en la correspondencia de los enviados norteamericanos a la República de Texas, 1836-1845”

p. 65-122

Política y negocios. Ensayos sobre la relación entre México y los Estados Unidos en el siglo XIX

Ana Rosa Suárez Argüello y Marcela Terrazas Basante
(coordinación general)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas/
Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora

1997

392 p.

Mapas

(Serie Historia Moderna y Contemporánea de México 27)

ISBN 968-36-4977-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 10 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/338/politica_negocios.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



LA ANEXIÓN DE TEXAS EN LA CORRESPONDENCIA DE LOS ENVIADOS NORTEAMERICANOS A LA REPÚBLICA DE TEXAS, 1836-1845

MARÍA CRISTINA GONZÁLEZ ORTIZ

Sentimientos y razones de la anexión

Cuando tras la derrota del ejército mexicano en San Jacinto, en abril de 1836, fue hecho prisionero el general Antonio López de Santa Anna, quien firmó los Tratados de Velasco, los texanos consideraron consumada la independencia de la república de Texas y trataron de incorporarla a los Estados Unidos de América. Esta decisión confirmaba el temor profesado por México, y por la misma España, desde muchos años atrás. Sin embargo, aunque la anexión era deseada tanto por los texanos independentistas como por una buena parte de los políticos norteamericanos, no pudo conseguirse sino hasta nueve años después, en 1845, y en medio de una gran oposición que estuvo conducida, principalmente, por el grupo antiesclavista, de corte regional norteño.

El tema de la pérdida de Texas ha ocupado a los estudiosos mexicanos que han buscado la explicación de por qué ese inmenso territorio perteneciente a los dominios españoles y que pasó a formar parte de México con la independencia no pudo conservarse. También ha interesado a los norteamericanos, aunque por distintas razones; no tanto por la independencia de Texas en sí, sino por su posterior anexión a la Unión Americana. Ésta, así como la guerra con México que le siguió, amén de constituir un importante capítulo en la historia de su expansión territorial, agravó a la vez, al grado de hacerlas irreconciliables, las posturas en favor y en contra de la esclavitud; división que llevó a los Estados Unidos a la guerra civil por la que pagaron un costo de más de medio millón de vidas, pérdidas materiales incalculables y un no menor daño moral.

Por otro lado, en la historia de nuestro vecino del norte parece una constante, al menos en las primeras décadas de su vida independiente, la preocupación por justificar su crecimiento debido a la agresión y a la

guerra.¹ Los republicanos norteamericanos, tan críticos de las sangrientas y caprichosas guerras a las cuales los monarcas europeos habían llevado a sus pueblos, estaban verdaderamente preocupados por justificar o al menos disimular el recurso de las armas cuando no era utilizado en estricta defensa propia, ante una Europa en la que el republicanism era la excepción. Además de que ese joven gobierno republicano era democrático y no sólo debía tomar en cuenta consideraciones de orden moral sino también político. Semejante gobierno no podía emprender una guerra sin contar con el apoyo popular, porque el pueblo tenía recursos mayores para hacer sentir su fuerza opositora que los habidos con anterioridad frente al soberano absoluto.

A la pregunta de por qué se incorporó Texas a los Estados Unidos, la historiografía norteamericana ha dado varias respuestas alrededor de las cuales no ha existido un cabal acuerdo. En unas se defienden determinados intereses; en otras se disimulan o disculpan conductas no acordes con los ideales republicanos o con el honor nacional. La explicación más conocida, cuya tesis se remonta a la época en que Texas se independizó y cuyos argumentos volvieron a relucir cada vez que se debatía el asunto de la anexión, se nombró la “conspiración esclavista”. Esta denominación gozó de gran aceptación en la segunda mitad del siglo XIX tras el triunfo del Norte sobre el Sur en la Guerra Civil. Si bien en las primeras décadas de este siglo fue rebatida, y actualmente no es aceptada en términos de “conspiración”, no se puede negar el interés que existía en los estados esclavistas por aumentar su área de influencia. En ese aumento estaba en juego su propia supervivencia, por temerse que su “institución peculiar” pudiera ser declarada anticonstitucional si se rompía el muy cuidado equilibrio de fuerzas entre el Norte y el Sur.

Otro argumento para explicar la incorporación de Texas a los Estados Unidos ha sido el de la amenaza de la interferencia inglesa en Texas, que tanto inquietó a los estados del Sur, pues ponía en peligro la existencia de la esclavitud. Este asunto también pudo alertar al Norte en vista de la posible pérdida del mercado texano, pero perdió importancia ante el embate del celo abolicionista. Este radical grupo alentado por la publicación de *The Liberator*, de William Lloyd Garrison, a partir de 1831, no propagaba sino el odio hacia los dueños de esclavos, a la vez que exacerbaba la resistencia de éstos, en su afán por ver abolida la esclavitud sin compensación alguna para los amos. No menos se han considerado en el debate político-historiográfico las diversas for-

¹ Reginald C. Stuart, *War and American Thought*, Kent, Ohio, The Kent State University Press, 1982, p. 149-181.

mas con que los norteamericanos expresaron el cumplimiento del Destino Manifiesto, amén de otro aspecto relacionado íntimamente con el expansionismo, como era la especulación de tierras.² Este lucrativo negocio apareció desde la época colonial como una constante en la historia de los Estados Unidos y no fue exclusivo del Sur, pero en el caso de Texas se relacionó con el cultivo del algodón y, por ende, con la explotación de los esclavos.

Estudios más detallados sobre el expansionismo han mostrado no sólo las diferencias entre los partidos Whig y Demócrata sino los conflictos que en el seno de cada uno de ellos provocaban tanto el regionalismo como la aún no decidida supremacía de la autoridad entre el gobierno federal y el de los estados. Esto pudo conducir a un grupo de sureños partidarios de los derechos de los estados a precipitar las negociaciones para conseguir la anexión de Texas y poner a salvo sus intereses amenazados por el gobierno federal.³ Tal explicación, que a su vez guardaba una estrecha relación con la de la “amenaza inglesa”, respondió a la pregunta de por qué, precisamente durante el gobierno de John Tyler, y cuando durante años no se habían reanudado las negociaciones para la anexión tras el fallido primer intento, se reemprendió esta tan cara política para las dos naciones interesadas en unirse.

Quienes tratan de romper la relación entre la esclavitud y la anexión de Texas o, puesto en términos políticos, entre el Partido Demócrata y esta última, hacen hincapié en que Andrew Jackson se limitó a reconocer la independencia de Texas, mientras su sucesor, Martin van Buren, casi no se ocupó del asunto, amén de que éste había sido relegado al olvido por la prensa norteamericana.⁴ Sin embargo, a Jackson ya le había tocado enfrentarse durante su mandato presidencial a la presión de los grupos antiesclavistas enardecidos por la publicación de *The Liberator*. Al llegar las elecciones de 1836, Jackson tuvo que asegurar los votos del Norte para Van Buren, antes que malograrlos con la anexión. Establecido éste en la presidencia, ocupó su tiempo en resolver los problemas económicos resultado de la crisis de 1837. De esta manera, a nivel de la opinión pública y política, el interés por la anexión no volvió a manifestarse abiertamente sino hasta la administración de Tyler, misma en la que Texas obtuvo la propuesta formal por parte de los Estados

² Andreas V. Reichstein, *Rise of the Lone Star. The making of Texas*, College Station, Texas A & M University Press, 1989, p. 5, 96-112 y 201.

³ William W. Freehling, *The Road to Disunion*, New York, Oxford University Press, 1990, v. I, *Secessionists at Bay. 1776-1854*, p. 353.

⁴ Jesse S. Reeves, *American Diplomacy under Tyler and Polk*, Gloucester, Mass., Peter Smith, 1967, p. 58-88.

Unidos. Vistos así los hechos, no se podía sostener la continuidad de la “conspiración esclavista”.

Por otro lado, la historiografía norteamericana tampoco logra ponerse de acuerdo sobre la complicada relación Inglaterra-Texas-Estados Unidos. No se duda del real interés de Inglaterra en los asuntos texanos, pero se disiente respecto de sus posibles motivos, como el deseo de abolir la esclavitud en Texas, controlarla económicamente, ayudar a México o impedir el crecimiento norteamericano. Además, aunque el pueblo texano estaba a favor, tanto de la esclavitud como de la anexión, su líder y dos veces presidente, Samuel Houston, pareció hacer el juego a los ingleses pronunciándose en contra de los propios intereses texanos, a cambio de conseguir el reconocimiento de México; reconocimiento del que también estaban urgidos no sólo los texanos sino los mismos Estados Unidos para, con menos presiones tanto morales como políticas, poder lograr la anexión. En consecuencia, la actuación de Houston, como la de algunos de sus allegados, no ha recibido, por cierto, un juicio unánime en cuanto a sus motivos y sinceridad, por lo que se tratará de arrojar un poco más de luz sobre este asunto.

Cuando al finalizar 1836 se debatió en el Congreso norteamericano el reconocimiento de Texas, éste llevaba aparejado el nombramiento de un representante diplomático en Texas; con anterioridad, y en forma secreta, Jackson había comisionado a Henry Morfit para que le informara de la situación que guardaba Texas, entre los meses de julio y septiembre. Una vez reconocida la nueva república, en marzo de 1837, se nombró a Alcée LaBranche como encargado de negocios en Texas, y hasta 1845, cuando la incorporaron a la Unión, los Estados Unidos mantuvieron su representación diplomática en la llamada república de la estrella solitaria.

A lo largo de estos años, los enviados norteamericanos en Texas mantuvieron una considerable correspondencia con el Departamento de Estado, cuyo volumen aumentó en relación con el tiempo transcurrido. En ésta se observa cómo, además de velar por los intereses de su país y de sus conciudadanos, informan sobre la situación de Texas y las noticias que reciben de México, Inglaterra y Francia, y pulsan, sobre todo, la actitud de la gente del gobierno y la opinión pública texana.

Contra la afirmación de que en los Estados Unidos se perdió el interés por Texas durante la mayor parte de la existencia de esta república, la correspondencia de los enviados norteamericanos muestra que la preocupación por lograr la anexión, al menos en el ámbito gubernamental, continuaba incluso entre aquellos que pudieron haber tenido razones para no desearla. Es más, los enviados exhibieron un continuo estado de alerta ante cualquier peligro que la amenazara. Por otro lado, la contra-

dictoria información que recibían, ora de México e Inglaterra, ora de la propia Texas, despertaba en estos diplomáticos no muy experimentados un nerviosismo que ponía en evidencia la responsabilidad del asunto que se traían entre manos, nada menos que la anexión a su país de un vastísimo territorio de alrededor de setecientos mil kilómetros cuadrados. Tensión que otros explotaban a su vez, como hacían los representantes de Francia e Inglaterra, pero, sobre todo, Houston, para enviar a los Estados Unidos los mensajes que convenían a sus propios intereses.

De sobra está justificar la importancia de dicha correspondencia, que ha sido utilizada con mucha frecuencia, entre otros, por el autor del estudio más completo y conocido sobre el tema, Justin Smith, historiador favorable a los Estados Unidos en su interpretación.⁵ Sin embargo, el estudio particular de la información, los temores y cálculos contenidos en esta correspondencia, a menudo apresurada e insegura por haber sido transmitida bajo la presión limitante del incierto acontecer diario, puede ayudar, si no a ampliar el conocimiento del tema de la anexión, sí a contribuir a una nueva visión que aclare algunas dudas, al menos desde la perspectiva del protagonista perjudicado, México.

Henry Morfit: el agente informal

La primera correspondencia que se encuentra en el archivo de los enviados a Texas por el Departamento de Estado es la de Henry Morfit. Jackson lo mandó como un agente especial pero, como el mismo Morfit declara en una de sus cartas, se hacía pasar por “un mero viajero”.⁶

Morfit escribió once cartas del 18 de julio al 14 de septiembre de 1836. En la primera, escrita la víspera de su salida de Nueva Orleans hacia Texas, decía a Forsyth haber recibido informes de que el general Gaines había cruzado el Sabina y se había establecido en Nacogdoches.⁷ Esto sucedía menos de dos meses después de la batalla de San Jacinto, y motivó las indignadas quejas de Manuel de Gorostiza, representante del gobierno mexicano en Washington, por la entrada del ejército norteamericano en territorio de México, cuando ni siquiera era conocido el tratado secreto de Velasco. La protesta terminó con el retiro de

⁵ *The Annexation of Texas*, New York, AMS Press, 1971. Fue publicado por primera vez en 1911. Smith combate la tesis de la “conspiración esclavista”. Coincide con esta opinión en su más famoso libro, *The War with Mexico*, publicado en 1919, y la influencia de su interpretación en los autores contemporáneos continúa siendo notable.

⁶ Morfit a Forsyth, 6 de septiembre de 1836. National Archives, Records of the Department of State, *Despatches from United States Ministers to Texas, 1836-1845*, v. I.

⁷ *Ibid.*, 18 de julio de 1836.

Gorostiza después de dar a conocer las quejas del gobierno mexicano al cuerpo diplomático acreditado en Washington.⁸ Extraña un poco, aunque se comprendan las razones de la omisión, el que esta primera carta de Morfit no aparezca en la correspondencia diplomática del Departamento de Estado de los Estados Unidos con Texas publicada por William Manning, y que también la ignore Seymour Connor al afirmar que Morfit informó a Jackson en diez cartas escritas entre agosto y septiembre, pasando por alto ésta del 18 de julio en la que Morfit daba cuenta de un asunto tan delicado como el de Gaines y que puso en entredicho la conducta de Jackson.⁹

Cuando Morfit llegó a Texas, Santa Anna era todavía prisionero de los texanos, y éstos ya habían enviado, con urgencia, representantes a Washington para solicitar la anexión a los Estados Unidos, justificando la práctica de la esclavitud con individuos de procedencia africana.¹⁰ Por otro lado, las noticias de la batalla de San Jacinto habían llegado hasta Londres y, en la Cámara de los Comunes, se pedía ayudar a México a recuperar su provincia insurrecta e impedir el comercio de esclavos en Texas.¹¹ Por esas mismas fechas, Palmerston recibió información de que México probablemente no podría reconquistar Texas.¹² El ministro inglés se mantuvo cauto y respondió a la Cámara que no creía posible llevar esclavos del África a Texas ni que el gobierno norteamericano, faltando al decoro, decidiera anexarse la provincia de México; mas esas situaciones, de presentarse, no dejarían de ser consideradas por el gobierno británico.

La información que Morfit envió a partir de su llegada a Texas es muy variada, pero, en general, era la que Jackson necesitaba para evaluar las posibilidades de la anexión. Morfit escribió sobre Santa Anna,

⁸ Gorostiza al gobierno de México, 24 de julio de 1836; Gorostiza a Dickins, 27 de julio, 2 de agosto y 4 de agosto de 1836; Gorostiza al gobierno de México, 24 de julio de 1836; Gorostiza a Forsyth, 3 y 10 de septiembre de 1836, y Gorostiza a Dickins, 1 y 15 de octubre de 1836, en Carlos Bosch García, *Documentos de la relación de México, con los Estados Unidos. III. El endeudamiento de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1984, p. 201-261. El documento en el que Gorostiza hizo públicas sus quejas por el caso de Gaines se encuentra en *House Executive Documents*, 25 Cong., 2 Sess., VII, no. 190.

⁹ William R. Manning (ed.), *Diplomatic Correspondence of the United States. Inter-American Affairs. 1831-1860*, Washington, Carnegie Endowment for International Peace, 1939, v. XII, p. XV. Seymour Connor, *Texas, a history*, Arlington, Heighs, Ill., AHM Publishing Co., 1971, p. 129.

¹⁰ Burnet a Collinsworth y Grayson, 26 de mayo de 1836. George Pierce Garrison (ed.), *Diplomatic Correspondence of Texas*, 3 v., Washington, Annual Report of the American Historical Association for the Years 1907-1911, v. II, parte 2, p. 89-91.

¹¹ Ephraim D. Adams, *British Interests and Activities in Texas. 1838-1846*, Gloucester, Mass., Peter Smith, 1963, p. 16-18.

¹² Pakenham a Palmerston, 1 de julio de 1836. Citado en Smith, *op. cit.*, p. 77.

el ejército, la política y la legislación mexicanas; también dio razón de la independencia de Texas y su situación: límites, población, recursos y, sobre todo, del expreso deseo del pueblo texano de formar parte de los Estados Unidos. Por supuesto, Morfit, como sus sucesores, tampoco perdió de vista el bienestar y los intereses, en su mayor parte comerciales, de sus conciudadanos.

Aunque Santa Anna estaba todavía en Texas y el ejército mexicano ya se había retirado, Morfit comunicó, en una misma carta, tanto lo anticuado del armamento mexicano y el estado de las fuerzas texanas como la llegada de muchos inmigrantes en el mes de julio, inmigrantes que, al parecer de Morfit, se convertirían en más brazos para el ejército texano. El cálculo de las fuerzas texanas volvió a aparecer en otras cartas, en las que relacionaba proyectos de colonización con brazos para el ejército:

Entiendo que existe un contrato especial con un rico y emprendedor caballero del Sur para introducir 2 000 colonos antes del invierno y el gobierno confía se hará puntual y fielmente; esto aliviará a los granjeros de su servicio militar y les permitirá continuar con las labores de la cosecha que, considerando las contrariedades del momento, será en comparación con la de los Estados [Unidos] rica y lucrativa.¹³

Días después, Morfit se refirió a un proyecto de colonización desde Kentucky, con el que el ejército texano alcanzaría el número de 8 000 hombres.¹⁴

Al describir los recursos con que contaban los texanos y que básicamente provenían de los Estados Unidos, a Morfit le sorprendió descubrir que Texas hubiese llevado a cabo una guerra favorable con tan pocos apuros para sus ciudadanos y su hacienda. Comentario sorprendente por el que parece olvidar el paso de Santa Anna por el Álamo y Goliat, por dar sólo un ejemplo. Consideraba que probablemente fuera el primer ejemplo en la historia de las naciones en que un estado se hubiera sostenido a sí mismo con hombres y recursos traídos enteramente “from a distance”, o sea, desde los Estados Unidos.¹⁵ Otro comentario, en este caso comprometedor, que revela la injerencia si no del gobierno norteamericano, sí de los habitantes de los estados cercanos a Texas que no perdían de vista, entre otras razones, la posibilidad de obtener algunas de las tierras que el extensísimo territorio texano ofrecía, o de especular con éstas.

¹³ Morfit a Forsyth, 13 de agosto de 1836. National Archives, Records of the Department of State, *Despatches from United States Ministers to Texas, 1836-1845*, v. 1.

¹⁴ *Ibid.*, 4 y 9 de septiembre de 1836.

¹⁵ *Loc. cit.*

Poco después de enviarle a Forsyth un documento de Mirabeau Lamar, secretario de Guerra en Texas, en el que éste pedía la pena de muerte para Santa Anna, ya que sus negociaciones con los texanos tendrían poco valor en México al volver derrotado, Morfit reportaba una conversación que había tenido con Santa Anna. La carta la escribió “cerca de Orazimba”, lugar en el que se tenía prisionero a Santa Anna. El general mexicano le dijo a Morfit que quería entrevistarse con el presidente Jackson, a lo que el enviado le respondió que no podía prometerle nada pero sí escucharlo. Santa Anna trató de convencerlo del poder que todavía tenía sobre los mexicanos, de quienes opinaba:

eran gente peculiar y controlada por el hombre en el poder; que sus amigos todavía influían y aun en el caso de que un opositor ocupara el poder, sólo era necesario que él [Santa Anna] volviera y se restauraría el anterior gobierno.¹⁶

Ante la seguridad de Santa Anna de lograr el reconocimiento de la independencia de Texas, Morfit le preguntó si el pueblo mexicano no se opondría a sus deseos. El derrotado general respondió que, en México, los asuntos del gobierno eran resueltos por pocos individuos y que los asuntos “de política estaban poco reglamentados y eran menos entendidos por los ciudadanos”. Ante la sorpresa de Morfit, Santa Anna agregó que él mismo tenía que reconocer con pena que muchos de los mexicanos con cargos públicos no sabían ni dónde estaba Texas, por lo que “no debía asombrar a nadie si su atención podía ser distraída fácilmente de una guerra cuya causa ignoraban y de un país del cual la mayor parte [de los mexicanos] no sabía que alguna vez había reclamado”. Dada la posterior trayectoria política de Santa Anna, no se sabe hasta qué punto creía en sus propias palabras o sólo pretendía engañar a los norteamericanos. Además, Santa Anna presumía de su fidelidad a Houston, de la que ya había dado prueba al ordenar a Filisola que se retirara más allá del Río Grande del Norte, y ofrecía como garantía de sus promesas “el poderoso control que él tenía sobre los militares, quienes en su mayoría le debían a él sus nombramientos”.¹⁷

Por otro lado, Morfit describía una situación poco alentadora en Texas y no parecía muy seguro respecto a los medios por los que la nueva república se mantendría independiente de México si no contaba con ayuda exterior, aunque creía que podría lograrlo dada la peor condición de su ex metrópoli:

¹⁶ *Ibid.*, 6 de septiembre de 1836.

¹⁷ *Loc. cit.* A partir de este momento llamaremos al Río Grande del Norte por su nombre mexicano, Bravo.

Es debido al estado confuso de los partidos, el Tesoro exhausto, la división de la tropa en comandancias rivales, la lucha entre los que están por un gobierno consolidado y los que desean una república, que la suerte de [Texas] está estancada; tras esto, todo lo que puede decirse respecto a su habilidad para conservar su independencia se resuelve en un solo hecho: que sin ayuda exterior su futura seguridad debe depender más de la debilidad e imbecilidad de su enemigo que de su propia fuerza.¹⁸

En su última carta, Morfit introdujo un tema que se mantendría ligado al problema de la anexión hasta la conclusión de ésta. Se trata del interés que despertaba Texas entre las potencias europeas, sobre todo Inglaterra. Morfit consideraba que a los texanos les iba a convenir más comprarle manufacturas a los ingleses y éstos, por su parte, podían declararse en contra de la esclavitud en Texas. Por ello, el gobierno norteamericano debía demostrar que cualquier intento por extender el sistema político europeo en América sería considerado peligroso para la paz de los Estados Unidos. Este argumento de la amenaza inglesa no era novedoso; ya lo había usado Houston en 1832, cuando había sido enviado por Jackson, para informarle sobre la situación de Texas. También se había usado en varias ocasiones a lo largo de los años en que trataron de quedarse con las Floridas españolas, en cuyo caso tuvo más visos de ser cierto que en el de Texas.¹⁹

A la vez, en esta misma carta, Morfit se mostraba optimista respecto a la situación de Texas, la cual no sólo había mantenido la integridad de su territorio, sino invadido tierras de su enemigo. Morfit se refería probablemente a las tierras entre el Nueces y el Bravo que Santa Anna había reconocido como pertenecientes a Texas en los tratados de Velasco. Concluía que los sentimientos a favor de la anexión eran indudables y lo que preocupaba más a los texanos, mientras ésta se llevaba a cabo, era la seguridad de la nueva república y que México no fuera a reconquistarla. Este comentario se podía interpretar más que como una velada solicitud de protección a los Estados Unidos, como una confirmación de Morfit de la debilidad de Texas y de la posibilidad de que México pudiera reconquistarla, opinión que era el principal argumento en los Estados Unidos para no aceptar la anexión. Fue así que, poco después, en diciembre, cuando Jackson pasó al Congreso la responsa-

¹⁸ *Ibid.*, 10 de septiembre de 1836.

¹⁹ *Ibid.*, 14 de septiembre de 1836. Reichstein, *op. cit.*, p. 122, 123 y 125. Véase Samuel Flagg Bemis, *The Latin American Policy of the United States*, New York, Harcourt Brace and Co., 1943, p. 28-30, acerca de la ley de de No Transferencia que, supuestamente, prohibía a España vender las Floridas a otras potencias, entendiéndose Inglaterra, por la amenaza que ello significaría a la seguridad territorial de los Estados Unidos.

bilidad de la anexión, el desconcertado William Wharton, comisionado texano en Washington, atribuyó la decisión de Jackson a los informes de Morfit que, sospechaba, no habían sido favorables a Texas; por supuesto, tampoco descartaba, y con razón, debido al escándalo que ocasionó en el medio diplomático, el que Jackson se alarmara ante el retiro de Gorostiza por la entrada de Gaines a Texas.²⁰

Poco después del regreso de Morfit, el gobierno texano le ordenó a Wharton que hablara con el ministro británico en Washington acerca de la posibilidad del reconocimiento de Inglaterra y de las ventajas que éste reportaría a los ingleses. Se creía que dicho reconocimiento podría facilitar el de México, obvio requisito para lograr la anexión, a los Estados Unidos. Esto sucedía cuando aún los norteamericanos no reconocían a Texas, ni mucho menos estaban seguros de conseguir la anexión, como se evidenció tras las declaraciones de Jackson en diciembre, cuando se habló de no poder proceder a la anexión mientras México no aceptara la independencia de Texas. Por otro lado, el último día de 1836, el secretario de Estado Pinckney Henderson hizo al general Memucan Hunt, representante del gobierno texano en Washington, dos sugerencias por demás interesantes. Tras mencionar algunos argumentos para persuadir a los Estados Unidos de las ventajas de la anexión, añadía sugerirles, en caso de no convencerlos, que Texas buscaría la ayuda inglesa mediante un tratado

por el cual todas las ventajas del comercio, riqueza y poderío se perderían para los Estados Unidos e importantes ventajas se darían a una potencia en su frontera Sur, que ya la confina por el Norte.²¹

Así en un solo párrafo Henderson planteó recurrir tanto a la provocación del celo hacia Inglaterra entre los norteamericanos, como al temor de no poder extenderse más ni hacia el sur ni hacia el norte y acabar rodeados por la gran potencia. Además, sugirió como recurso, en caso de que el esperado tratado de anexión no consiguiera los dos tercios de los votos del Senado, proponer la anexión a través de una ley aprobada por mayoría simple de las dos cámaras del Congreso, opción por la que finalmente Texas sería anexada a los Estados Unidos.²²

²⁰ Wharton a Austin, 22 y 28 de diciembre de 1836, Garrison, *op. cit.*, v. II, parte I, p. 157-159.

²¹ Wharton a Austin, 18 de noviembre, y Henderson a Hunt, 1 de diciembre de 1836, *ibid.*, p. 127-140 y 161-164.

²² Henderson, desde Texas, fue el primero en sugerir la opción de la resolución conjunta del Congreso, lo cual muestra la presión de los texanos por conseguir la anexión. Reeves, *op. cit.*, p. 82.

La ansiada anexión no se consiguió en ese momento. Jackson no quiso violentar la opinión pública del Norte ya que necesitaba los votos de esa región para asegurar la elección de Van Buren. Sólo obtuvo del Congreso el reconocimiento de la independencia de Texas. Después del triunfo de Van Buren, la Cámara de Representantes aprobó en febrero del 37 el salario de un ministro en Texas. El 3 de marzo, último día de su mandato, Jackson nombró a Alcée LaBranche, conocido político de Louisiana, como encargado de negocios en Texas, con lo que se establecieron relaciones diplomáticas con la nueva república.

Alcée Labranche: un enviado muy formal

Antes de que LaBranche llegara a Texas, el general Memucan Hunt le comunicó a Henderson que los Estados Unidos habían aceptado la independencia de Texas aunque no la incorporaban a la Unión. Debido a este contratiempo, consideraba que debían poner en marcha el plan recién propuesto por Henderson, esto es, enviar un representante a Londres para conseguir el reconocimiento. En vista del inocultable deseo texano por la anexión a la Unión Americana, a cambio del reconocimiento había que ofrecerle a Inglaterra algo verdaderamente atractivo como eran las ventajas comerciales. Un tratado comercial con los ingleses aseguraría a Texas la anexión porque, opinaba Hunt, omitiendo la premisa del recelo del Sur hacia Inglaterra, los sureños preferirían dejar la Unión que renunciar a Texas. Con optimismo añadía que, antes de que tal separación ocurriera, los del Norte también favorecerían la anexión, porque necesitaban del Sur para sobrevivir. Un Sur que, por cierto, no necesitaba de sus vecinos norteros, al tiempo que, unido a Texas, podía conquistar a México y convertirse “en la nación más grande sobre la tierra”.²³

Hunt también empleó el arma del reconocimiento como presión contra los norteros. Consideraba que éstos simpatizaban con la anexión pero no la aceptaban en tanto México no reconociera a Texas o se tuviera la seguridad de que no la atacaría. Esto se solucionaría con el reconocimiento inglés; sólo había que mantener en secreto el envío del representante texano a Londres, para no dar lugar a que la prensa abolicionista los dañara. En fin, todas las sugerencias de Hunt apuntaban a un solo fin: el de conseguir la anexión. Semanas después volvió a recordar que las protestas de México impedían la anexión, por lo que urgía

²³ Hunt a Henderson, 15 de abril y 30 de mayo de 1837. Garrison, *op. cit.*, v. II, parte I, p. 208-211 y 221-224.

buscar el reconocimiento de Inglaterra, pues, de lo contrario, se verían en la necesidad de tomar las armas contra México con un ejército cuya formación y financiamiento el general Hunt ya tenía en mente.²⁴ De momento, ni México atacó, ni se logró el reconocimiento inglés y menos la anexión, lo que dejó a Texas desalentada y en vísperas de ser conducida por un presidente, Mirabeau Lamar, que sentía pocas simpatías por la anexión. Fue en esta Texas en donde le tocó actuar al primer encargado de negocios de los Estados Unidos.

LaBranche veló, en primer lugar, por los intereses de sus conciudadanos, que en su mayoría eran de tipo comercial. Exigió un buen trato a las embarcaciones norteamericanas que llegaban a Texas y se quejó del daño que los comerciantes texanos hacían a los norteamericanos en Santa Fe. Informó también de la amenaza de las tribus indias y no perdió de vista el delicado asunto que mucho interesaba a su gobierno, acerca de cuáles eran los límites entre la nueva república y los Estados Unidos.²⁵

En los primeros meses de 1838, cuando aún no se decidía la suerte de la anexión, LaBranche no se mostraba muy optimista acerca de la situación en Texas. Había tenido desavenencias con los texanos a propósito de las discusiones relacionadas con los límites entre las dos naciones. Opinaba que la actitud poco amistosa de éstos iba a empeorar si no se les anexaba; aunque, a su vez, la incertidumbre acerca de la suerte de la unión los había vuelto más suspicaces. Había sido informado, además, que, de no conseguirse la incorporación a los Estados Unidos, Texas retiraría su petición formal y mantendría su independencia con la ayuda de otras potencias europeas, particularmente de Inglaterra, cuyo reconocimiento se esperaba con ansia. También dio cuenta de un discurso de Houston en el Congreso en el que se había referido a los problemas de los límites y de la anexión:

[Houston] aludió a la propuesta que ha sido hecha de anexar Texas y devolver a sus ciudadanos a la madre patria, a la vez que a la resistencia exhibida [en los Estados Unidos] para llevar a cabo tal medida, que dejaba [a los texanos] en un estado de suspenso imposible de ser tolerado por más tiempo. Él atribuye la dilación del asunto a objeciones políticas de nuestro Congreso y propuso la conveniencia de retirar la solicitud. ¿Estaban los Estados Unidos, preguntó, esperando si la nave del Estado [de Texas] podría hundirse o flotar? Se quejó que todo el curso

²⁴ *Loc. cit.*

²⁵ LaBranche a Forsyth, 28 de noviembre de 1837, 1 de enero, 10 de noviembre y 12 de diciembre de 1838, y 29 de enero, 28 de marzo y 7 de junio de 1839. National Archives, Records of the Department of State, *Despatches from United States Ministers to Texas, 1836-1845*, v. I.

seguido por nuestro gobierno no era el que se les había hecho esperar. Habló de las perspectivas favorables contenidas en el reconocimiento inglés de su independencia, basado en la favorable información de su agente ahí.²⁶

Tampoco dejó de señalar LaBranche que el muy probable sucesor de Houston, Mirabeau Lamar, se oponía a la anexión y hacía todo lo posible para impedirla. De todos modos, antes de llegar Lamar a la presidencia, desde junio Houston había dado la orden de retirar la petición de anexión si el Congreso no resolvía favorablemente el asunto antes de clausurar sus sesiones en Washington. Corría también el rumor de que Lamar le haría la guerra a México para conseguir el reconocimiento de la independencia de una vez por todas; pero LaBranche no había podido obtener ninguna información de Lamar porque éste era de “carácter taciturno”, declaración con la que eufemísticamente daba a entender que el presidente, que no quería la anexión, no le soltaba prenda.²⁷

LaBranche siguió muy de cerca la llegada de Alphonse Dubois de Saligny, enviado como agente privado de la legación francesa en Washington para obtener información sobre Texas, a la que Francia quería reconocer como nación independiente. Saligny dijo a LaBranche que a Francia le gustaba el fortalecimiento de los Estados Unidos, pero que estaba aún por discutirse si la “raza americana” debería extenderse por el continente. También le preguntó cómo verían los Estados Unidos que Francia reconociera a Texas, a lo que LaBranche se mostró indiferente. Sin embargo, aunque no le parecía que Saligny estuviera satisfecho con la marcha de los asuntos texanos, lo que no era de extrañar, porque los franceses nunca se sentían bien lejos de casa, el francés dijo a LaBranche que si Francia reconocía a Texas él sería nombrado encargado de negocios. El lugar no le gustaba, pero como había gradación en el Servicio Exterior, tenía que hacer méritos y estar unos dos años en Texas con la seguridad de mejorar después, cálculos que no le fallaron, pues más tarde se encontraría en México. Por tanto, le convenía hacer un informe bastante favorable de la nueva nación para que Francia la reconociera. Antes de irse Saligny, un enviado del almirante Baudin y, después, el mismo Baudin, estuvieron en Texas buscando apoyo en caso de un rompimiento entre Francia y México, mismo que efectivamente tuvo lugar en la comúnmente conocida como Guerra de los Pas-

²⁶ *Ibid.*, 13 de marzo y 16 de abril de 1838.

²⁷ *Ibid.*, 1 de junio de 1838. Irion a Grayson, 12 de junio de 1838. Garrison, *op. cit.*, p. 330-331.

teles. LaBranche aprovechó para conversar con Baudin, quien lo puso al tanto, bastante tarde por cierto, de las dificultades que su nación tenía con México.²⁸

En sus últimas cartas a Forsyth, LaBranche informó que Francia había reconocido la independencia de Texas y firmado un tratado de comercio, amén de que Saligny había conseguido el nombramiento deseado. A su vez, insistía en los reclamos de los ciudadanos norteamericanos contra el gobierno de Texas. Tal parece que no deseaba que los texanos, por el alivio proporcionado por Francia, se olvidaran de los compromisos que tenían con los Estados Unidos.

LaBranche parecía sentirse incómodo en Texas e informaba que no se había trasladado a Austin, la nueva capital que se encontraba tierra adentro, lejos de Houston, debido a lo rústico de sus habitaciones, meras cabañas de troncos, y la inseguridad del lugar, expuesto a los ataques de los indios. En Houston se encontraba el general Juan Pablo Anaya, de México, en espera de alguna ayuda de los texanos para combatir al gobierno centralista a cambio de la promesa de reconocer la independencia de Texas. La Branche no se comprometió con él, pues se esperaba el reconocimiento de México a través de otras negociaciones y porque no le inspiraban confianza esos federalistas que todavía pensaban buscar ayuda en los Estados Unidos, “el último esfuerzo de un partido desprovisto completamente de organización o medios de alcanzar el poder”. Finalmente, informaba que, sin autorización, las fuerzas texanas habían marchado en ayuda del belicoso federalista regiomontano, Antonio Canales, para tomar Matamoros. Houston había ordenado que se destituyera a los responsables, pues esta inoportuna cooperación con los enemigos del gobierno mexicano afectaba el reconocimiento de Texas que buscaban Inglaterra y los Estados Unidos en México.²⁹

Aunque LaBranche no perdió de vista la actitud de los texanos hacia la anexión, tampoco mostró ninguna ansiedad con respecto a ésta, dado que le tocó vivir ahí los momentos de mayor animadversión hacia los Estados Unidos. El tratado no se había negociado y, humillados, los texanos retiraron su petición de anexión; además de que ni el presidente Lamar ni la opinión pública texana se ocupaban del asunto, alarmados como estaban por la supervivencia. Por otro lado, de poco servía a LaBranche preocuparse por un proyecto que no estaba en sus manos concluir y al que su propio país, supuestamente el protagonista más interesado, se oponía.

²⁸ LaBranche a Forsyth, 27 de febrero y 18 de mayo de 1839. National Archives, Records of the Department of State, *Despatches from the United States Ministers to Texas, 1836-1845*, v. 1.

²⁹ *Ibid.*, 25 de octubre y 5 de diciembre de 1839 y 5 de marzo de 1840.

Esta actitud de LaBranche coincidía con la de su jefe en Washington, sureño como él, John Forsyth. Éste era originario de Georgia y, por supuesto, mostró sus preferencias por el Sur, salvo en lo que se refería a aumentar el área de la esclavitud con la anexión. Se había formado con Jackson y le era leal, pero simpatizaba más con Van Buren y, por mucho que deseara la anexión, la oposición de los abolicionistas era razón de no poca monta para no presionar al Congreso a tomar una medida que afectara el futuro político del presidente neoyorkino.³⁰

Por otro lado, es interesante observar la repercusión que tuvo en Europa el rechazo a la anexión. En el otoño de 1838, cuando ya habían llegado a Londres las noticias de la tirante situación entre los Estados Unidos y Texas, lord Palmerston le dio instrucciones verbales a Richard Pakenham, ministro inglés en México, para que convenciera a los mexicanos de reconocer la independencia de Texas. En la primavera del año siguiente, Palmerston volvió a insistir en que México, ante la imposibilidad de reconquistar Texas, debía reconocer su independencia para evitar que ésta se uniera a los Estados Unidos. Así, los texanos bien podrían acercarse a México en caso de ser atacados por los Estados Unidos, pues deseaban mantenerse independientes. Por cierto, esa sugerencia un tanto disparatada de Palmerston, aunque favorable a México, no obedecía sino a su objetivo primordial de evitar el crecimiento de los Estados Unidos a costa de Texas. Al mismo tiempo se elaboraba un proyecto inglés para vender tierras en Texas para conseguir dinero y pagarle a México por el reconocimiento, oferta ésta que el gobierno mexicano rechazó.³¹

Hacia mediados de 1839, Pakenham insistió abiertamente, y con menos inclinación hacia México, en la importancia de Texas y en la necesidad de asegurar su amistad pasando por alto el asunto de la esclavitud, al que no podía considerarse como un impedimento. Al mismo tiempo, Pakenham no pudo obtener el reconocimiento de Texas por México, pese a la buena disposición del ministro Juan de Dios Cañedo, pues, desde la oposición, Santa Anna presionaba en contra del presidente Anastasio Bustamante. Meses después, los texanos buscaron la paz con México a través de James Treat, aconsejados por el

³⁰ Samuel Flagg Bemis, *The American Secretaries of State and their Diplomacy*, New York, Cooper Square Publishers, Inc., 1963, v. IV, p. 326-328. Ya en estos momentos comenzaba a mostrarse la división en el bloque demócrata jacksoniano, entre los partidarios de Van Buren que predominaban en el Norte y los del "Viejo Nogal" en el Sur, con los que a su vez tenían diferencias los "anuladores" de la Unión de John C. Calhoun.

³¹ Palmerston a Pakenham, 5 de abril de 1839, citado en Adams, *op. cit.*, p. 26, 27, 29 y 31. Smith, *op. cit.*, p. 77 y 78.

entonces ministro de Guerra de Van Buren, Joel R. Poinsett, por la amistad de Treat con Santa Anna, pero también sin éxito.³²

Los diversos informes que sobre la situación de México y Texas llegaron a Londres, aunados a las negociaciones con los enviados de Texas que buscaban el reconocimiento, llevaron al gobierno inglés a firmar tres tratados con la novel república a finales de 1840. El momento era muy oportuno. Había elecciones presidenciales en los Estados Unidos y, probablemente, por la impopularidad de Van Buren, esperaban en Londres el triunfo de los whigs, más relacionados con los intereses del Norte que con los del Sur, y considerando que ofrecerían también menos oposición a sus políticas en Texas. De los tratados, el que seguramente molestó más a los texanos y le ganó críticas a Houston fue el que se refería a la supresión del comercio africano de esclavos; los otros dos eran uno de comercio y el otro ofrecía una atractiva mediación con México a través de ciertos arreglos de ayuda financiera.³³

La breve estancia de George Flood

En junio de 1840 Flood llegó a Texas. Al no obedecer a un cambio en la administración en Washington, la salida de LaBranche se debió probablemente a su negativa de trasladarse a Austin. LaBranche recibió a Flood en Galveston, le entregó los archivos y se ganó los elogios de su sucesor. Éste se demoró alrededor de medio año en llegar a Austin por motivos de salud y, aunque sólo estuvo un año en Texas, quedan de él unas 25 cartas, más o menos el mismo número que escribió su antecesor en un periodo más largo, en las que se muestra muy cauteloso. No menciona a Houston ni emite juicios sobre Lamar. Sin embargo, recién llegado, en dos ocasiones habló de lo favorable que era la opinión texana a la anexión a la vez que, como sus antecesores, reconoció el mal estado de la economía texana.³⁴

En una breve carta que envió estando todavía en Galveston y que no le fue contestada, Flood aconsejó, sin dar cuenta del origen de su sugerencia, que los Estados Unidos le compraran a México la región entre el Río Bravo y la bahía de California. Consideró el asunto no sólo importante sino urgente ya que, por lo débil que estaba, México podía vender esa parte de su territorio “for a mere pittance” a Inglaterra o a Rusia, interesadas en las costas californianas, mismas que no eran de

³² *Ibid.*, p. 82.

³³ Adams, *op. cit.*, p. 59.

³⁴ Flood to Forsyth, 4 de septiembre y 23 de octubre de 1840. National Archives, Records of the Department of State, *Despatches from United States Ministers to Texas, 1836-1845*, v. 1.

menor interés para los Estados Unidos por las posibilidades comerciales que ofrecían con Oriente.³⁵

A sabiendas de que Texas buscaba el reconocimiento inglés, Flood informó en diciembre, cuando finalmente había llegado a Austin, que todavía no sabía nada de los acuerdos, pero que en cuanto supiera algo lo daría a conocer. Hacia fines de enero se enteró del reconocimiento y, contrariado, envió a Washington copia del tratado ratificado por el Senado texano. Conseguir ésta le ocasionó ciertas desavenencias con el gobierno de Texas, que no quería dársela. Flood alegó que su país necesitaba conocer las condiciones de un tratado que podía afectar sus intereses. Los texanos a su vez le dijeron que los Estados Unidos no debían considerar sus intereses afectados.³⁶

Sin embargo, esto lo contradecía un artículo publicado por un diario de Galveston que estimaba dicho tratado como decisivo en el cambio de la política de Texas. Entre otras cosas, el articulista declaraba:

Nosotros podemos fechar nuestra existencia como nación a partir del momento del reconocimiento de Inglaterra. Estamos a punto de separarnos para siempre de la tierra de nuestros padres. El reconocimiento inglés de nuestra independencia trae un cercano intercambio comercial con su gente... Pero hemos tornado a romper las ligas que nos ataban a las simpatías, interés y corazones de nuestra vieja patria para siempre. Nos convertimos en los rivales de los Estados Unidos en la producción de su gran materia prima. Y si nos convirtiéramos en comerciantes seríamos sus rivales en todo; Inglaterra ahondará esta división que le da un nuevo mercado para sus manufacturas y el transporte comercial en Texas y, más que todo eso, dando lugar al surgimiento de una nueva potencia cobijada y protegida por ella.³⁷

Cuando Flood ya estaba enterado de la llegada de su sucesor, alcanzó a informar, a fines de junio, que había salido de Texas una expedición de 250 hombres a Santa Fe. El propósito era abrir el comercio con ese territorio e inducir a sus habitantes, de ser posible, a formar parte de Texas.³⁸ Curiosamente, Flood no añadió un solo comentario a un asunto de tanta importancia como era esta agresión a México y del que aparentaba no saber mucho. De igual manera refirió en su correspondencia noticias sobre lo que sucedía en Texas y sobre las opiniones

³⁵ *Ibid.*, 24 de octubre de 1840.

³⁶ *Ibid.*, 28 de diciembre de 1840, 27 de enero y 8 de febrero de 1841. A Joseph Waples, secretario de Estado interino de Texas, le sorprendieron las conjeturas de Flood surgidas de la creencia falsa de que los intereses de su país estaban en juego por las negociaciones entre Inglaterra y Texas. Waples a Flood, 3 de febrero de 1841, *op. cit.*, Part II, p. 74.

³⁷ Citado *ibid.*, 21 de marzo de 1841.

³⁸ *Ibid.*, 22 de junio de 1841.

que se expresaban. Sin embargo, por los asuntos que le ocupan, puede observarse su preocupación por la suerte de Texas, su deseo de la anexión y el temor de que las naciones europeas interfirieran en la expansión de los Estados Unidos.

Joseph Eve: el enviado whig

Cuando William Harrison del Partido Whig ocupó la presidencia de los Estados Unidos y nombró a Daniel Webster de Massachusetts secretario de Estado, Joseph Eve, que procedía de Kentucky, fue enviado a Texas en sustitución de Flood. Aunque Harrison murió poco después de tomar posesión, el nuevo presidente, John Tyler, ex demócrata y pronto enemistado con los whigs por el liderazgo de Clay en el partido y por su propia ideología política, conservó durante dos años a Webster en su cargo. Después, el combativo whig, defensor de la unión federal, se convirtió en un estorbo para Tyler cuando el presidente decidió intentar de nuevo la anexión de Texas.³⁹

La correspondencia de Eve es abundante; de acuerdo con su numeración, escribió 44 cartas, aunque no todas se conservan en el archivo, falta que ocurre con la correspondencia de todos los enviados.⁴⁰ Dicha correspondencia es también interesante porque Eve, como enviado de Webster, en un principio no fue partidario de la anexión pero pronto confesó haber cambiado de opinión, aun a sabiendas de la posición de su superior. En octubre de 1841, cuando Tyler ya meditaba las ventajas políticas que la anexión podría darle, quiso conocer el parecer de Webster y le insinuó la posibilidad de adquirir Texas mediante un tratado; la respuesta del novoiñglés fue que el Norte no estaría dispuesto a conceder más tierras a las fuerzas pro-esclavistas. Sin embargo, no escapó a los ojos de Eve, poco tiempo después de su llegada, lo que la nueva república significaría para los Estados Unidos, convirtiéndose por ello en un decidido anexionista.⁴¹

Desde su primera carta escrita en Galveston, Eve mostró su mala ortografía a la vez que el gusto de estar en Texas en donde tenía amigos

³⁹ Freehling, *op. cit.*, p. 363 y 364. Glyndon van Deusen, *The Jacksonian Era, 1828-1848*, New York, Harper and Row, 1959, p. 177.

⁴⁰ Correspondientes al año de 1841, sólo aparecen en el archivo del Departamento de Estado dos cartas de Eve escritas desde Texas, las números 4 y 8; la número 11 corresponde a enero de 1842, por lo que ocho cartas de Eve, por razones desconocidas, pero que bien pudo deberse a lo delicado de su contenido, no se conservaron.

⁴¹ Tyler a Webster, nota 3, 11 de octubre de 1841. Citado en Smith, *op. cit.*, p. 103. Eve a Webster, 6 de enero de 1842. National Archives, Records of the Department of State, *Despatches from the United States Ministers to Texas, 1836-1845*, v. 1.

y era muy bien tratado, incluso por su antecesor Flood. Además, aunque falto de experiencia diplomática, apreció bien la situación política y económica tanto de la república de la “estrella solitaria”, como de su propio país. A propósito de la lucha de Texas contra los tiranos para mantener su libertad, Eve saca a colación la revolución de la máquina de vapor que aplicada a la navegación había acortado las distancias y, con ello, acercado Texas a los Estados Unidos. Además, por haber llegado a Texas en los últimos meses de la presidencia de Lamar, le comentaba a Webster que, aunque se hablaba del establecimiento de relaciones entre Texas y Francia, la próxima administración de Houston no lo aceptaría. Por otro lado, Lamar le había dicho a Eve que Inglaterra y Francia querían ocupar las tierras entre Texas y el Pacífico, a lo que Eve respondió con firmeza que los Estados Unidos apoyarían siempre a Texas y respetarían su territorio, pero por ningún motivo permitirían que una potencia europea colonizara parte de Norteamérica. Por último, se refería en esta carta a la falta de dinero, ejército y flota en Texas, tema que se repetiría en todos los tonos y en todos los centros políticos, sobre todo en 1842.⁴²

En septiembre, Eve informó que el gobierno texano aún no tenía noticias de los 450 expedicionarios mandados a Santa Fe. El objetivo era tomar posesión de ese lugar y establecer una aduana allí, como se había acordado entre el gobierno de Texas y Santa Anna cuando estuvo prisionero. Los ciudadanos inteligentes de Texas no creían que la empresa pudiera ser tan pacífica. Por otro lado, un enviado de Yucatán había llegado a Texas con el propósito de pedir ayuda para independizarse de México; pero los texanos no tenían ni dinero ni hombres para dárselos. En realidad, Eve consideraba que, por los pocos recursos que tenía, la seguridad de Texas se debía a la ignorancia, cobardía y guerras civiles de los mexicanos. Sin embargo, el comodoro Edwin Ward Moore ayudó después a Yucatán para desgastar a México.⁴³

A principios de 1842, Eve le expresó a Webster su cambio de opinión respecto a la unión de Texas a los Estados Unidos. Desde su llegada a Texas se le había solicitado con frecuencia que escribiera al Departamento de Estado sobre el asunto de la anexión; pero él había declinado referirse a este tema porque sabía de las objeciones de que era obje-

⁴² Eve le había confesado a Saligny: “Nunca tuve que ver con la diplomacia, pero mi esposa estaba enferma y quería venir a Texas unos cuantos meses con algunos amigos. Un amigo en Washington me consiguió el nombramiento.” Marcel Moraud, “The diplomatic relations of the Republic of Texas”, en *The Rice Institute Pamphlet*, Texas, 4 de diciembre de 1955, p. 46. Eve a Webster, 24 de julio de 1841, National Archives, Records of the Department of State, *Despatches from the United States Ministers to Texas, 1836-1845*, v. I.

⁴³ *Ibid.*, 11 de septiembre de 1841.

POLÍTICA Y NEGOCIOS

to tal unión entre los hombres de estado honestos y capaces de su país. Además, él mismo se había opuesto a la anexión, pero ahora tenía razones para deseársela. Entre ellas estaban los logros y riquezas de Texas, las amenazas de México y el peligro inglés. Aún más, se atrevió a sugerir ideas para contrarrestar la oposición antiesclavista. Texas, con una población escasa de 70 000 almas, había prosperado, mientras que México con ocho millones de habitantes había gastado su riqueza en revueltas. Los texanos habían hecho buen uso de su independencia y tenían tanto derecho a ella como México cuando se separó de España. Por otro lado, Texas se veía amenazada. La iglesia católica le había dado dinero a Santa Anna para exterminar a los heréticos texanos, quienes no tenían dinero para defenderse. Aunque algunos de éstos estaban a favor de la guerra, desdeñando a los mexicanos, Eve creía que el mero patriotismo no bastaba. Texas necesitaba el apoyo de una potencia extranjera para sobrevivir y, de no ser los Estados Unidos, serían Inglaterra o Francia, algo que cualquier norteamericano lamentaría mucho. También describía la riqueza de las tierras texanas, sus posibles cultivos y advertía que en unos años podría convertirse en la más rica y deseable región para los Estados Unidos pero, si se mantenía independiente, Inglaterra controlaría el comercio del algodón y le vendería sus manufacturas a Texas, en lugar de que lo hicieran los estados del Norte. Se encuentra aquí, una vez más, la referencia a la amenaza inglesa, antes que dicho argumento se explotara a gran escala a finales de 1843 y sobre todo en 1844.⁴⁴

Por otro lado, al estar convencido de que la mayor objeción que los del Norte oponían a la anexión era la esclavitud, Eve subrayó que no debía preocuparlos, porque su región conservaría el poder cuando se incorporaran a la Unión nuevos estados como Iowa e Illinois, y eso sin contar con la posible anexión del Canadá “whenever we get to war with Great Britain”. Eve no hacía sino poner de manifiesto que los hombres del Norte simpatizaban con el expansionismo tanto como los sureños, amén de no objetar tampoco los medios, por poco lícitos que fueran. Por último, consideraba la censura que recibirían de otras naciones como el mayor impedimento para la anexión. Sin embargo, el gobierno de la Gran Bretaña, al que más debían temer, no podía ponerles objeciones razonables. La política inglesa había sido siempre adquirir cualquier territorio que les viniera a las manos, por colonización o por conquista. Ahora querían Cuba y estaban negociando con México la California. No podían, entonces, criticar a los Estados Unidos por anexarse Texas. Después de tan atrevidas declaraciones, Eve le ofrecía discul-

⁴⁴ *Ibid.*, 6 de enero de 1842.

pas a Webster por expresar sus puntos de vista, los de los texanos y los de las naciones con intereses en Texas.⁴⁵

La correspondencia de Eve de los primeros seis meses de 1842 se ocupó de la suerte de los norteamericanos que habían participado en la fracasada expedición de Santa Fe y llevado prisioneros a México. De paso, le transmitió a Webster la versión que le había proporcionado Houston en torno al objetivo de la expedición. No se había tratado de hacerle la guerra a México sino de establecer la jurisdicción de Texas sobre una parte muy remota, *a remote corner* de su territorio, además de favorecer el comercio. Lamar le había sostenido lo mismo y que los ciudadanos de Santa Fe estaban ansiosos de comerciar con Texas y de estar bajo sus leyes. Aprovechó Eve la ocasión para quejarse airadamente de las humillaciones que los ciudadanos norteamericanos habían sufrido por parte de los mexicanos, amén de que éstos se enteraban de todo lo que pasaba en Texas, mientras que quien iba a México lo hacía a riesgo de su propia vida. Así los mexicanos aventajaban en información a los texanos, quienes temían que se reanudara la guerra, desconociendo las fuerzas del enemigo.⁴⁶

Con detalle dio cuenta Eve de la rivalidad entre Houston y el Congreso, cuyas decisiones a favor de la guerra vetaba Houston. Sólo había accedido a que se formaran compañías de voluntarios sin ayuda económica del gobierno.⁴⁷

A partir de este momento se mantendría inalterable la actitud de Houston, opuesta a cualquier acto agresivo hacia México, pese a que los mexicanos habían atacado San Antonio en marzo de 1842. Dicha actitud se explicaba por los mismos acontecimientos del momento. El reconocimiento inglés de Texas negociado a finales de 1840 —aunque ratificado por Inglaterra hasta mediados de 1842 debido a la tardanza texana en firmar el acuerdo relativo a la supresión del tráfico de esclavos— hizo que la nueva república volviera a ser vista con interés por la opinión pública norteamericana, no faltando quienes interpretaran la postura no agresiva de Houston como favorable hacia México.⁴⁸

Por otro lado, coincidieron varios hechos significativos en esos primeros meses del año, tales como el resultado desfavorable del sondeo del gobierno texano respecto a la actitud del congreso norteamericano ante el asunto de la anexión y el envío de Ashbel Smith como

⁴⁵ *Loc. cit.*

⁴⁶ *Ibid.*, 22 de enero, 3, 11 y 19 de marzo y 29 de abril de 1842.

⁴⁷ *Ibid.*, 25 de julio y 2 de agosto de 1842.

⁴⁸ William Kennedy, cónsul inglés en Galveston al *Foreign Office*, 10 de enero de 1842, citado por Smith, *op. cit.* p. 83.

representante de Texas ante Inglaterra y Francia.⁴⁹ Tras varios meses de estancia en Europa, Smith envió noticias, en una muy difundida carta, que inquietaron a no pocos políticos sureños norteamericanos.⁵⁰ Por otro lado, Henry Wise, amigo de Tyler, pronunció un discurso en la Cámara de Representantes a favor de la anexión, e incluso, de hacerle la guerra a México.⁵¹ Texas estaba otra vez ante los ojos de la opinión pública en los Estados Unidos, y Houston, Smith, Isaac van Zandt, el enviado texano en Washington, y el propio Tyler se encargarían de que no fuera olvidada.

Mientras tanto, en agosto de 1842, Eve le comunicó a Webster haber informado al gobierno de Texas que el presidente de los Estados Unidos veía con pena el reinicio de las operaciones militares entre Texas y México, ya que ésta era una guerra “inútil, sin esperanzas, sin provecho y muy injuriosa, molesta y vejatoria” para ambas partes y para las naciones que comerciaban con ellas, sobre todo los Estados Unidos, cuya flota operaba en el Golfo de México, además de ser los Estados Unidos vecino de los dos países. Por estas razones, el presidente Tyler ofrecía su mediación con la condición de que las naciones beligerantes la solicitaran y en tanto los texanos suspendieran las hostilidades. Por otro lado, Eve estaba seguro de que, pese a la situación sombría de Texas, México nunca podría reconquistarla por los problemas económicos que, a su vez, también padecía. Poco después, pudo informar que Houston había suspendido las hostilidades hacia México mientras los Estados Unidos e Inglaterra trataban de encontrar un arreglo, pareciéndole a Eve que Houston no tenía recursos con qué continuar la ofensiva.⁵²

Sin embargo se reiniciaron las hostilidades cuando el general mexicano Adrián Woll tomó San Antonio y se temió que llegase a Austin, y que otros quince mil mexicanos al este del Río Bravo cruzaran la frontera. Ante el peligro, la inesperada respuesta de Houston había sido

⁴⁹ James Reily a Anson Jones, 25 de marzo de 1842, en *Diplomatic Correspondence of Texas*, George Pierce Garrison (ed.), v. II, parte 1, p. 545-547.

⁵⁰ Ashbel Smith a Isaac van Zandt, 25 de enero de 1843. *Ibid.*, v. II, parte 2, p. 1103-1107.

⁵¹ Frederick Merk dice que el discurso de Wise del 13 de abril de 1842 no se publicó en el *Congressional Globe* probablemente porque no querían todavía comprometer al presidente Tyler con el asunto de la anexión, debido a su cercanía con Wise. *Slavery and the Annexation of Texas*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1972, p. 192-200.

⁵² Eve a Webster, 22 de agosto y 15 y 16 de septiembre de 1842. National Archives, Records of the Department of State, *Despatches from the United States Ministers to Texas, 1836-1845*, v. I. Poco después, Charles Elliot informaba que en Texas no había recursos ni orden y que si México atacaba, como corría el rumor, su principal obstáculo serían los malos caminos texanos. Elliot a Aberdeen, No. 11, 17 de octubre de 1842. Londres, British Museum, Additional Manuscripts.

ordenar la disolución del ejército texano, lo que había causado mucho disgusto entre los texanos, aunque más parecía una política dirigida a inquietar a la opinión pública norteamericana, pero que Eve no apreció mas contribuyó a ella. No obstante, los texanos habían podido recuperar San Antonio y los mexicanos se retiraron hacia el Nueces perseguidos por un ejército en el que se encontraban muchos de los ex prisioneros de la expedición de Santa Fe, los más hostiles al invasor.⁵³

Hasta enero del siguiente año se enteró Eve de la suerte de los que habían salido en persecución de los mexicanos, pero su información era falsa. Según se le dijo, unos 500 voluntarios habían cruzado el Río Bravo enfrentándose a 1 600 mexicanos a los que habían derrotado, perdiendo sólo 30 hombres; en ese momento venían ya de regreso con 600 prisioneros y cuatro cañones. En realidad, los voluntarios no fueron 500 sino 300 y cruzaron el Bravo para atacar a la población de Mier, en la ignorancia de que ésta contaba con un ejército de alrededor de 2 000 hombres, ante el cual se rindieron y fueron hechos prisioneros. Poco después, Eve informó que los 248 texanos que habían sido hechos prisioneros en Mier marchaban encadenados a la ciudad de México. Entre ellos iba el general Thomas Jefferson Green, que había sido partidario de darle muerte a Santa Anna cuando éste estuvo prisionero en Texas. Por otro lado, corría el rumor de que tan pronto como la escuadra mexicana regresara de Yucatán, en donde combatía a los separatistas, se dirigiría a Galveston para tomar Texas. Para colmo, se comentaba que Houston había enviado al secretario de Marina a Nueva Orleáns para vender la flota texana, lo que aumentaba el pánico de los texanos y creaba una excitación como no la había visto hasta entonces Eve.

Eran muchos los cargos que le hacían a Houston sus enemigos, y en verdad era muy criticable que hubiera ordenado que se retiraran los voluntarios de los Estados Unidos en el mismo momento en que Woll marchaba hacia San Antonio. Sin embargo, Eve reafirmaba lo que había creído desde su llegada a Texas: aunque México no podría reconquistarla, las divisiones internas de los texanos les acarrearían desgracias. Eve, aunque convencido de las ventajas de la anexión, pero dependiente de un secretario de Estado whig, fue el encargado de negocios que más recalcó las diferencias entre los texanos, verbigracia Lamar-Houston, que algunos de sus colegas pasaron por alto.⁵⁴

⁵³ Eve a Webster, 22 de septiembre, 5 de octubre y 1 de noviembre de 1842. National Archives, Records of the Department of State, *Despatches from the United States Ministers to Texas, 1836-1845*, v. I.

⁵⁴ *Ibid.*, 15 de enero y 10 de febrero de 1843. Seymour V. Connor, *op. cit.*, p. 152.

También en el verano de 1842 llegó a Texas el ministro inglés Charles Elliot, quien jugó un papel muy importante al empeñarse en mantener independiente a Texas. En la correspondencia de Eve se palpa su buena relación con Elliot, lo que no causa extrañeza dado que existía la misma cordialidad entre Webster y el gobierno inglés. Elliot le había confesado a Eve que abrigaba los más benévolos sentimientos hacia el pueblo y el gobierno de Texas. A su vez, Eve tampoco ocultó sus simpatías por éstos. Se esforzó en recordarle a Webster las atrocidades cometidas por los mexicanos con el fin de convencerlo del sufrimiento de los texanos en esta destructiva guerra y de que merecían ser ayudados, sacando a colación cómo Inglaterra, Francia y Rusia habían ayudado a Grecia en su lucha por liberarse de los turcos. Por supuesto, como ya lo había hecho en otras ocasiones, le aclaró a Webster que se atrevía a exponerle esta desesperada situación a petición de los diputados y ciudadanos texanos. Sin embargo, Eve no podía ignorar, aunque no lo expresó, que, de intervenir los Estados Unidos en el conflicto, el rompimiento con México sería inminente, amén de que se aceleraría la anexión. Por otro lado, a petición de Houston y el pueblo texano, Eve y Elliot habían escrito al general Woll pidiéndole que liberara a los texanos que habían sido hechos prisioneros el 11 de septiembre.⁵⁵

En marzo, Eve informó de dos asuntos que trascenderían. Uno de ellos, que Judge Robinson, del grupo de prisioneros texanos tomados en Santa Fe, había sido puesto en libertad y enviado a Texas con un mensaje de Santa Anna: amnistía general si la república de la “estrella solitaria” reconocía la soberanía de México, conservándose al mismo tiempo como un departamento independiente de México con representación en el Congreso, derecho a elaborar sus propias leyes y sin un soldado mexicano en su suelo bajo ningún pretexto. Con perspicacia Eve se preguntó por qué Santa Anna había mandado esta propuesta y la relacionó con el interés que tenían Francia e Inglaterra porque cesaran las hostilidades entre México y Texas. El otro asunto se refería a Pearl Andrews, un orador abolicionista que había querido convocar a una convención en Galveston para elaborar una nueva constitución que suprimiera la esclavitud, pagándosele a los dueños de esclavos con dinero que el gobierno inglés podía adelantar. Los esclavistas texanos no lo dejaron seguir haciendo propaganda y lo embarcaron prohibiéndole regresar. No le pasó desapercibido a Eve que la propuesta de Andrews pondría a Texas bajo la protección de Inglaterra. Lo que no

⁵⁵ Eve a Webster, 18 de diciembre de 1842 y 10 de febrero de 1843. National Archives, Records of the Department of State, *Despatches from the United States Ministers to Texas, 1836-1845*, v. I.

sabía era que, poco después, Andrews asistiría a una convención abolicionista en Londres desencadenando con ello una serie de reacciones, tanto en Texas como en los Estados Unidos, que traerían de nuevo al escenario político el asunto de la anexión.⁵⁶

En sus últimas cartas, además de quejarse de su mala salud, por la que no había podido entrevistarse con las autoridades texanas, Eve envió copia de una misiva que le había escrito a Anson Jones, secretario de Estado de Texas, diciéndole que no debían hacerle la guerra a México invadiendo sus tierras en incursiones vengativas. Protestaba también por la salida sin autorización del comodoro Moore de Galveston. Se creía que iba rumbo a Yucatán acompañado de un William Cook, ex prisionero de la expedición de Santa Fe; su estrategia era bloquear los puertos mexicanos y bombardearlos para que México aceptara los tratados de Velasco. Eve se lamentaba de su desobediencia y temía que hubieran sido capturados. Ésta no era la primera vez que Moore, quien había pertenecido a la marina norteamericana, desobedecía órdenes; había ayudado por su cuenta a los yucatecos y había sido destituido por Houston. Éste, a su vez, le aseguró a Eve que castigaría cualquier acción ilegal contra México, ya que estaba de acuerdo con la política sugerida por los Estados Unidos; la muy necesaria de no provocar a México, cuyo ataque no sólo temían los texanos sino era a la vez un impedimento para que los del Norte reconocieran a Texas.⁵⁷

Joseph Eve, aunque alarmado por la prédica de Andrews y la posibilidad de que Inglaterra interviniera en los asuntos texanos, no alcanzó a comprender, al menos no lo expresó en su correspondencia, el alcance de la relación entre Elliot y Houston. Poco tiempo llevaba la relación entre éstos, porque Elliot había estado enfermo los primeros meses de su estancia en Texas, cuando Houston le escribió una carta diciéndole que “sentía una intensa ansiedad por la paz con México”⁵⁸

Poco después, Elliot dio a conocer a Inglaterra sus favorables planes acerca de Texas; planes, si no inspirados por Houston, sí alentados, al menos, por éste: Inglaterra obtendría en México la paz para los texanos a cambio de la abolición de la esclavitud y el libre comercio, convirtiendo a Texas en una nación fuerte con parte del territorio norte de México (al norte de la línea de Tampico a San Blas), a la vez que

⁵⁶ *Ibid.*, 29 de marzo de 1843.

⁵⁷ *Ibid.*, 14 de abril de 1843. Eve a Fletcher, Acting Secretary of State, 28 de abril y 15 de mayo de 1843. Houston a Eve, 6 de mayo de 1843, Manning, *op. cit.* p. 288-289. Connor, *op. cit.*, p. 134, 135 y 150.

⁵⁸ Houston a Elliot, 5 de noviembre de 1842. Smith, *op. cit.*, p. 95. Smith lo interpreta como un logro de Elliot cuando, en realidad, Houston se valió de los sueños abolicionistas del inglés para su propio fin, conseguir la anexión a los Estados Unidos, alarmando a los sureños esclavistas.

en una barrera entre México y los Estados Unidos. Lo que más se comentó del plan de Elliot fue su deseo de abolir la esclavitud, cuando de hecho ocupaban más espacio sus argumentos a favor de las ventajas comerciales que obtendría Inglaterra.⁵⁹

A la vez, Ashbel Smith escribió, desde Londres, a su colega Van Zandt, urgiéndole que se comunicara en Washington con John C. Calhoun, Isaac Holmes, Robert Walker, Dixon Lewis, todos ellos prominentes sureños, y “perhaps Mr. Tyler”, para informarles que

La independencia y la existencia de la esclavitud en Texas es asunto de vida o muerte para los estados esclavistas de la Unión americana. Encerrados entre los estados libres de su frontera norte y otro libre anglosajón, sostenido por Inglaterra, en la sureña, su historia estaría pronto sellada. *El establecimiento de un estado libre en el territorio de Texas es un acariciado deseo de Inglaterra por el que difícilmente cualquier precio pudiera ser visto como muy alto. Concluido el negocio ¿qué remedio le queda al Sur?*⁶⁰

Tanto la carta de Elliot como la de Smith sólo con el tiempo se hicieron públicas; sin embargo, a principios de 1843 otras voces nutrían a la opinión pública norteamericana y en otro sentido: las del ex presidente Jackson, Thomas Gilmer y el periódico de la administración *The Madisonian*, a favor de la anexión de Texas a los Estados Unidos.⁶¹ Por supuesto, el contraataque de los abolicionistas no se dejó esperar. John Quincy Adams y otros diputados presentaron un documento en el que declaraban que la anexión de Texas no era otra cosa más que sinónimo de disolución de la Unión.⁶²

En medio del recrudecimiento del conflicto regional, Webster renunció a la Secretaría de Estado en el mes de mayo, pero ya desde el mes anterior Tyler había enviado a Londres a Duff Green, esclavista devoto de la causa de la anexión, a supervisar el trabajo de Everett, en quien no confiaba mucho por ser novoinglés. A la vez, otro amigo de Tyler, el virginiano y calhouniano partidario de los derechos de los estados, Abel P. Upshur, se convirtió en secretario de Estado. Mientras tanto, William Murphy llegó a Texas a ocupar el lugar de Eve, a quien encontró moribundo. El 10 de junio Eve escribió a Houston para despedirse y le comentó que los Estados Unidos presionarían a México en

⁵⁹ Elliot a Addington, 15 de noviembre de 1842, en Freehling, *op. cit.*, p. 378-379.

⁶⁰ Smith a Van Zandt, 25 de enero de 1843, en *Diplomatic Correspondence of the Republic of Texas*, George Pierce Garrison (ed.), v. II, parte 2, p. 1103-1107.

⁶¹ Freehling, *op. cit.*, p. 369. Merk, *op. cit.*, p. 200-204.

⁶² John Quincy Adams *et al.*, “Address to the people of the free states of the Union”, 3 de marzo de 1843, *ibid.*, p. 205-211.

caso de que se resistiera a reconocer la independencia de Texas y auguraba que ésta sería “rica, feliz y libre”. No se refirió a la posible anexión a los Estados Unidos ni menos al asunto de la abolición de la esclavitud, cuando ya en ese momento los planes de su colega y amigo Elliot eran conocidos. Esto puede hacer pensar que dichos planes no desagradaban al whig Eve, quien había sido retirado de su cargo por la salida de Webster del gabinete. Sin embargo, reiteró que sólo el gobierno de los Estados Unidos, “el más viejo del continente”, pondría fin a las ofensas de los mexicanos y que “la raza de la que descendemos” era la única a favor de la civilización y del gobierno libre.⁶³

William Murphy: el enviado ansioso

William Murphy tenía fama de hombre talentoso. Nacido en Carolina del Sur, había ejercido la abogacía en Ohio, pero sus preferencias lo inclinaron hacia la política y la guerra. Decepcionado de los demócratas que lo relegaron en los años treinta, apoyó al whig Harrison en la campaña de 1840. A la muerte de éste, contó con el apoyo de Tyler, quien primero lo envió como su representante a Guatemala durante los años de 1841 y 1842.

Desde su llegada a Texas, Murphy dio a entender en su correspondencia que todo le era adverso: la falta de alojamiento que le hacía escribir sobre sus rodillas una nota apresurada con la que enviaba la copia del manifiesto de Houston del 15 de junio de 1843 que declaraba el armisticio entre México y Texas; el desorden del archivo de la legación, en el que faltaban documentos y del que sospechaba había sido espiado, lo que era a su vez causa de otra de sus quejas: la actitud poco cordial que percibía hacia los Estados Unidos, sobre todo por parte del grupo del gobierno al que, decía, llamaban el “partido británico”; también se quejaba del mal clima y las dificultades para comunicarse desde Austin, mientras que los representantes de Inglaterra y Francia residían en Galveston y estaban en contacto con sus gobiernos con mayor rapidez que él. Lo más grave era que ni sus superiores ni el contenido de los archivos dejados por Eve le indicaban la política a seguir, en

⁶³ Smith, *op. cit.*, p. 139. Everett era de tendencia abolicionista y se alegró cuando supo que Clay y Van Buren se hubieran puesto de acuerdo en contra de la anexión. Bemis, *op. cit.*, v. V, p. 92 y 165. Pocos consideran posible que Houston aprobara el proyecto de Elliot, mas lo necesitaba para conseguir la paz con México, a la vez que era muy difícil también que se pudiera llevar a la práctica. George L. Rives, *The United States and Mexico, 1821-1848*, New York, Scribner's Sons, 1913, v. I, p. 557 y 558. Eve a Houston, 10 de junio de 1843, en Garrison (ed.), *op. cit.*, v. II, parte II, p. 190.

medio de la adversidad que lo rodeaba.⁶⁴ Las noticias e intrigas de esos meses en Inglaterra y los Estados Unidos dieron como resultado que Murphy recibiera pronto instrucciones precisas.

Al mismo tiempo que Houston proclamaba el armisticio con México como resultado de las negociaciones con Robinson, ex prisionero de Santa Fe y portavoz de Santa Anna, y con Elliot, en Londres se reunía un grupo de abolicionistas interesados en acabar con la esclavitud en Texas con la ayuda del gobierno inglés, quienes lograron entrevistarse con Aberdeen. Enterado de esta reunión, Ashbel Smith le escribió a Calhoun. El tono de la carta parece tener, como la enviada meses antes a Van Zandt, la intención de alarmar, ya que en esos momentos Smith no conocía la correspondencia de Elliot con el gobierno británico, misma que sí ofrecía motivos de verdadera preocupación; aunque bien podía haber sido informado por Houston de sus pláticas con Elliot, con la recomendación de transmitir las a Washington. A sabiendas de que, además del espectro de la abolición, lo que más inquietaba a los hacendados era la posibilidad de que sus esclavos escaparan, Smith le decía a Calhoun que se quería hacer de Texas “un refugio para esclavos fugitivos”, por lo que los “sureños debían actuar”.⁶⁵

Pocos días después, también desde Londres, Duff Green envió la misma información sobre Andrews y Aberdeen —tal como se la había transmitido Smith—, tanto a Tyler como a Upshur. A la vez se publicó, en algunos periódicos de los Estados Unidos, una carta en la que se informaba de un proyecto de colonización en Texas con inmigrantes ingleses, a los que se atraería con la emancipación de los esclavos, proyecto en el cual se interesaban tanto Elliot como políticos texanos. Esta carta, que tanta alarma causó en el Sur, apareció como enviada a la prensa por Duff Green. Sin embargo, años después, Ashbel Smith le confesó a un amigo que había sido él mismo quien, al enterarse de dicha carta, decidió darla a conocer al público norteamericano a través del nombre de Duff Green. La intención del texano era obvia.⁶⁶

Estas noticias afectaron sobremanera al secretario de Estado Abel P. Upshur. Antes de su nombramiento, Upshur ya había manifestado su preocupación por la situación política de su país, en manos del Partido

⁶⁴ Murphy a Legaré, 16 de junio y 6 y 8 de julio de 1843. National Archives, Records of the Department of State, *Despatches from the United States Ministers to Texas, 1836-1845*, v. I.

⁶⁵ Smith a Calhoun, 19 de junio de 1843. *Papers of Calhoun*, 17:252-253, citado en Freehling, *op. cit.*, p. 382.

⁶⁶ Duff Green a John Tyler y Abel P. Upshur, 3 de julio de 1843, en Merk, *op. cit.*, p. 221-225. Harriet Smither, “English abolitionism and the annexation of Texas”, en *Southwestern Historical Quarterly*, n. 32, enero de 1929, p. 201-202. Justin Smith menciona los efectos de la carta de Yates, pero no parece saber que ésa fue enviada a la prensa por Ashbel Smith. *Op. cit.*, p. 113-114.

Whig, enemigo de la esclavitud, mientras que los demócratas eran controlados por Van Buren, norteamericano partidario de la Unión y, por lo tanto, desfavorable al grupo defensor de los derechos de los estados, al que Upshur pertenecía y veía sin suficiente respaldo político. El que dicha situación no dejara espacio para el no muy numeroso aunque sí aterrorizado y activo grupo de los partidarios de los derechos de los estados, encabezado por Calhoun, le hizo pensar a Upshur en la manera de obtener el espacio político tan necesario para su supervivencia, por lo que recurrió a la anexión de Texas no sólo como el único medio de salvar a la “institución peculiar”, sino para fortalecer políticamente a su grupo. Por otro lado, Upshur consideró que, al perder Tyler el apoyo de los whigs y volver al seno de su viejo grupo demócrata a favor de los derechos de los estados, sólo podría lograrse la reelección del virginiano a través de la formación de un tercer partido, conjugando así los intereses de la política exterior e interior.⁶⁷

Casi simultáneo al aviso del armisticio con México, el gobierno texano ordenó a su representante en Washington que no insinuara ninguna propuesta más a favor de la anexión. Houston había comprendido bien que necesitaba el reconocimiento de México para contrarrestar la oposición a la anexión por parte de aquellos que, en los Estados Unidos, objetaban que ésta los llevaría a la guerra con México. Por otro lado, le sería más fácil obtener el reconocimiento en forma pacífica, mediara quien mediara. Sin embargo, el reconocimiento de México podría no bastar, por lo que el héroe de San Jacinto buscó también alarmar a los poderosos del Sur para que se mostraran más activos en favor de la anexión. En esta tarea contó con la ayuda no sólo de Ashbel Smith, como ya se ha visto, sino con la de Isaac van Zandt. En abril, Tyler le había confiado a éste cuánto deseaba la anexión, pero agregó que debía comprender lo delicado de su situación, aludiendo con ello a la oposición del Senado. Para Houston, la noticia de que se contaba con el apoyo del Ejecutivo estadounidense era una oportunidad que no debía desaprovechar, sobre todo en el momento en que los cálculos sobre la siguiente administración no eran halagüeños. Ni Henry Clay ni Van Buren eran favorables a la anexión, por lo que Houston debía conseguir una opinión pública favorable que apoyara a Tyler.

Por su parte, Van Zandt recibió con gusto la noticia del armisticio porque, aunque no se consiguiera el ansiado reconocimiento, ya que México podía poner “otras condiciones” que el gobierno y el pueblo de Texas no aceptarían, sus efectos serían “saludables” al ponerse un

⁶⁷ Upshur a Beverly Tucker, 13 de marzo de 1843. Citado en Freehling, *op. cit.*, p. 391.

freno a los partidarios texanos de la guerra que tanto dañaban la imagen de su república en el exterior, entre aquellos norteamericanos que no querían problemas con México.⁶⁸

Hacia fines de julio de 1843, Aberdeen expuso a Smith que Inglaterra quería abolir la esclavitud en los lugares donde todavía se practicaba, especialmente en Texas. Después verían si desde ahí podían influir en los Estados Unidos. La noticia no tardó en cruzar el Atlántico y vino a confirmar los rumores que corrían, hacía ya unas pocas semanas, de que Inglaterra se traía algo entre manos respecto a la abolición de la esclavitud. La reacción del gobierno norteamericano no se hizo esperar. A mediados de agosto, Upshur le anunció a Van Zandt que pronto podrían proponerle a Texas la anexión si se confirmaba la interferencia inglesa. A escaso un mes, Calhoun, alarmado tanto como Upshur, sugirió iniciar una campaña de propaganda en contra de Inglaterra. Así, Houston no desaprovechó la oportunidad que se le presentó para conseguir su objetivo: pronto un grupo de sureños partidario de los derechos de los estados inició su campaña a favor de la anexión de Texas.⁶⁹

El 8 de agosto Upshur le escribió por primera vez a Murphy sobre la amenaza inglesa, refiriéndose a los informes de Duff Green. Murphy fue invadido por una gran excitación, ahora que sabía, o al menos le confirmaban, cuál era la política a seguir en Texas. De inmediato se abocó a conseguir, con la mediación del secretario de Estado Anson Jones y durante una ausencia de Houston, algunos documentos secretos del gobierno texano. Se trataba de las negociaciones entre Texas y México a través de Elliot y Robinson, de cuyo contenido Murphy sólo había tenido sospechas que entonces confirmó. Los sucesos databan de los últimos meses del cargo de Eve, y a Murphy le extrañaba que éste hubiera insistido en que Texas no volvería al seno de México, cuando la información que acababa de conseguir le indicaba lo contrario. En realidad, Elliot había escrito que, aunque México insistía en que Texas volviera a su jurisdicción, el gobierno inglés creía que Santa Anna acabaría por reconocer la independencia de Texas por las propias presiones internas que sufría el gobierno mexicano. Sin embargo, en opinión de Murphy, Inglaterra era la encargada de todos los arreglos y exigiría en pago a sus servicios tierras de México o de la propia Texas que México podría cederle en pago de sus deudas. Cabe aclarar que, si bien

⁶⁸ Anson Jones a Van Zandt, 6 de julio de 1843. Van Zandt a Jones, 19 de abril y 10 de agosto de 1843. Garrison (ed.), v. 2, parte 2, p. 195, 164-167 y 198. Merk considera a Van Zandt convencido partidario de la anexión. *Op. cit.*, p. 23.

⁶⁹ Smith a Jones, 31 de julio de 1843. Van Zandt a Jones, 18 de agosto de 1843. Garrison (ed.), *op. cit.*, v. 2, parte 2, p. 116-119 y 207-210. Calhoun a Upshur, 17 de agosto de 1843, citado en Merk, *op. cit.*, p. 21-22.

Murphy estaba ya preocupado por la interferencia inglesa, es hasta después del comunicado de Upshur cuando menciona por primera vez el asunto de la abolición de la esclavitud, que ya de tiempo atrás le venía preocupando y que se percibe en toda su carta:

Su comunicado... dejó una profunda impresión en mi mente. Durante muchos años he observado con solícita ansiedad este fanatismo creciente y los males que probablemente traería a nuestro país. Y añadido a la pintura sombría que usted con tanta precisión ha dibujado, el proyecto presente de Inglaterra de poseer parte o la totalidad de la provincia de Texas, dándole la oportunidad y ventaja de decidir a su libre antojo lo que se refiere a la abolición de la esclavitud —yo siento un torbellino de emoción en mi pecho que no sería capaz de describir—. Dejemos que el gobierno de los Estados Unidos dé un *paso rápido* en este asunto. Usted cuenta en esta correspondencia con elementos para justificar una acción inmediata y pronta... Perdóneme si soy demasiado diligente en este asunto. Siento el gran interés que está en juego. Nuestros intereses sureños, en su totalidad, dependen de esta negociación y, con ella, el provecho de la propia Unión. El gran golpe a nuestras instituciones civiles será asestado aquí y será un golpe fatal si no se le evita oportunamente... Inglaterra está ansiosa por deshacerse de la constitución de Texas porque ésta asegura en el lenguaje más enérgico y claro los derechos del amo sobre su esclavo y también prohíbe la introducción de esclavos en Texas desde cualquier lugar que no sean los Estados Unidos. Ahora bien, todo lo que los Estados Unidos deben hacer es ayudar al pueblo de Texas a conservar su constitución. Esa constitución que mientras ha asegurado efectivamente los derechos del amo, asegura al pueblo las bendiciones de la libertad civil, política y religiosa. Temo haber ido más allá de los límites de mi deber al sugerir tantas cosas en esta carta, mismas que usted es más capaz de juzgar que yo mismo. Padezco escalofríos y fiebres cada tercer día y estoy extremadamente enfermo y débil. He escrito esta carta con mucha prisa, sin embargo, desordenada y cruda como es, es confiable.⁷⁰

Su desasosiego era tal que llegó a creer que Texas quería la guerra con los Estados Unidos y hasta se refirió a varios incidentes que le parecían encaminados a ese fin. Al día siguiente volvió a escribir informando sobre Andrews y las reacciones de la prensa texana ante las actividades del abolicionista. En ella, además, tanto se criticaba un discurso de John Quincy Adams y se daban razones a favor de la anexión, como se trataba de convencer a la opinión pública de las ventajas que

⁷⁰ Upshur a Murphy, 8 de agosto de 1843. Manning, *op. cit.*, p. 44-49. Murphy a Upshur, 23 y 24 de septiembre de 1843. National Archives, Records of the Department of State, *Despatches from the United States Ministers to Texas, 1836-1845*, v. 1.

ofrecía Inglaterra frente a las ofertas norteamericanas. Murphy vuelve a ofrecer disculpas por su inquietud, pero justificándola:

Perdóneme —este asunto me violenta— ¿No deberían decirle los Estados Unidos de una vez a México que no debe mantener más este conflicto que está dañando el comercio de los Estados Unidos? Que está tentando e invitando a la intriga e interferencia de otras potencias que no tienen asunto o negocio aquí o derecho de entrometerse en este caso. Que han tenido 8 años para conquistar a Texas, lo han tratado pero siempre fallado y, ahora, les pedimos terminantemente que reconozcan de inmediato la independencia de Texas. Que todos estos males que hemos tolerado por tanto tiempo y debidos a ustedes deben cesar. Deje usted que los Estados Unidos hagan esto, ganen todo e Inglaterra nada. Disculpe lo apasionado de mis sentimientos. He ido muy lejos al darle mi parecer. Mas sólo he declarado lo que sé son los deseos del pueblo de Texas. Tome esta posición del lado de la constitución, las leyes y las libertades civiles, políticas y religiosas del pueblo de Texas, de tal modo aseguradas —(Sin decir nada acerca de la abolición) y todo el mundo estará con usted.⁷¹

La mera excitación de Murphy no explica la forma subrepticia en que Jones le entregó la correspondencia secreta de las negociaciones con México. Aunque lo hizo durante la ausencia de Houston, fue sin duda con su venia, a fin de inquietar a los norteamericanos. En la trampa cayó no sólo Murphy sino también Upshur. Cuando éste, semanas después, le escribió a Murphy amonestándolo por la manera en que había obtenido los documentos, parece en realidad dirigirse al propio gobierno texano —a sabiendas de que se espiaba su correspondencia— para darle una lección sobre conducta republicana en asuntos políticos. A saber, los gobiernos republicanos no ocultaban la información al pueblo, ya que, en última instancia, éste decidía. En un tono más suave, Upshur aclaraba que estaba seguro de que pronto Houston daría a conocer estas cartas a los texanos. Lo que ya no expresó fue su seguridad de que el pueblo rechazaría esas negociaciones por estar a favor de la anexión y no de México. Razón misma por la que Houston había preferido ocultar una correspondencia, cuyo fin primordial, el reconocimiento de México, era tan necesario para conseguir la anexión, a la vez que, si enteraba a los Estados Unidos de ésa, podría presionarlos para incitar a Texas a ingresar a la Unión. Por otro lado, la amonestación a Murphy aparece como una mera argucia diplomática, ya que el mismo Upshur había alertado a su representante sobre el peligro que

⁷¹ Murphy a Upshur, 24 de septiembre de 1843. *Ibid.*

implicaba el deseo de Inglaterra de abolir la esclavitud en Texas, por lo que debía vigilar todo lo que sucedía. Ya desde antes, Upshur había comprendido la necesidad de Murphy de estar bien comunicado y había enviado a Galveston la fragata *Flirt* a cargo del coronel Davis, a quien de inmediato Murphy mandó a Veracruz para que lo informara de la situación en México y lo tuvo ocupado con estas tareas durante toda su gestión.⁷²

Durante los últimos meses de 1843, las dudas y los temores de Murphy continuaron. Sólo estaba seguro del repudio del pueblo texano a la abolición y a la injerencia inglesa. A través de Davis obtenía información del movimiento marítimo del Golfo de México, pero ésta no era muy confiable: que México se preparaba para atacar a Texas, que en realidad no podía, que era Inglaterra la que reunía una flota en Cuba, que Santa Anna reunía a sus hombres en Veracruz, etcétera. Por otro lado, Houston también era para Murphy una fuente de impresiones contradictorias: ora lo veía alejado de Elliot, ora de los Estados Unidos, como en ocasión del mensaje en el que expresó sus simpatías por Inglaterra en tanto que los Estados Unidos les habían hecho más mal que bien. Ante la encrucijada en la que Texas se hallaba, Houston había sentenciado, en el lenguaje críptico que le era tan caro, “es el principio del fin, sólo los cielos saben el final”. Sin embargo, en enero, Murphy tuvo noticias de que Houston, tras haberse quejado de los Estados Unidos apenas el mes anterior, le iba a proponer al Congreso texano la anexión a aquéllos. El cambio se debió probablemente a que Upshur, después de recibir la carta de Murphy de finales de septiembre, llamó a Van Zandt para conversar sobre la anexión y éste le comunicó a su gobierno las posibilidades.⁷³

A la vez, el gobierno norteamericano tampoco se sentía muy seguro respecto de la actitud del presidente texano. Por cierto, Robert Walker, quien desde hacía tiempo mantenía vivo el asunto de la anexión, tanto en el Senado como entre los círculos políticos del Sur, escribió a Jackson recomendándole que le pidiera a Houston la aceptación de un tratado de anexión. Poco después, en febrero de 1844, se publicó su famosa

⁷² Upshur a Murphy, 21 de noviembre y 22 de septiembre de 1843. Manning, *op. cit.*, p. 55-58 y 53.

⁷³ Murphy a Upshur, 13 y 29 de noviembre y 5 y 25 de diciembre de 1843. National Archives, Records of the Department of State, *Despatches from the United States Ministers to Texas, 1836-1845*, v. I. Houston to the Texas Congress. *Annual Message*. 12 de diciembre de 1843. A. W. Williams y E. C. Barker (ed.), *The Writings of Sam Houston*, 8 v., Austin, University of Texas Press, 1838-1843, v. IV, p. 459-474. Bemis, *op. cit.*, p. 98. Van Zandt a Jones, 4 y 30 de noviembre de 1843. Garrison, *op. cit.*, v. II, parte II, p. 224-230. Van Zandt afirmaba ahí: “if however the treaty is concluded I have strong hopes it will succeed”.

carta de muy amplia circulación, en la que presentó argumentos a favor de la anexión que fueran atractivos a los nortños.⁷⁴

Sin embargo, las negociaciones del nuevo tratado estaban ya en marcha y Upshur le había prometido a Van Zandt la protección de la flota norteamericana tras su firma. Se mostró también muy confiado en que alcanzarían los dos tercios de los votos del Senado debido al sentimiento antibritánico que dominaba a la opinión pública, aunque previsoriamente le aclaró que, de no lograrse la aprobación del tratado, los norteamericanos no abandonarían a sus amigos texanos y buscarían la anexión por simple mayoría de las dos cámaras.⁷⁵

Por otro lado, Upshur también le aseguró a Murphy que contaban en el Senado con los votos necesarios para la anexión y que no desconfiara de Houston; su renuencia se debía sólo al temor de no obtener la ratificación del tratado.⁷⁶

Una vez enterado Murphy de la propuesta de anexión, comenzó a elucubrar sobre un probable ataque de México en cuanto se suspendieran las pláticas de paz ya emprendidas con los texanos y supiera de la propuesta norteamericana. Primero recomendó a los texanos hacer alarde de su fuerza y atemorizar a sus enemigos. A la vez, envió a Davis a investigar qué sucedía en Veracruz, y éste le informó que México no preparaba un ataque por mar; buenas noticias que desarmaban a aquellos norteamericanos contrarios a la anexión por temor a las represalias de México. Sin embargo, no dejó de exhortar a su jefe para que presionara en el Congreso y se aprobase la anexión, ya que temía que los informes de Elliot, asegurando el rechazo del tratado en el Senado, resultaran ciertos. Por otro lado, probablemente a instancias de Houston, Murphy pidió a su gobierno defender con las armas el límite de Texas en el Río Bravo, pues le habían confirmado que los ingleses le habían solicitado a México las tierras entre el Bravo y el Nueces, por lo que dichas tierras perderían su valor.⁷⁷

⁷⁴ Walker a Jackson, 16 de enero de 1844. John Spencer Bassett (ed.), *Correspondence of Jackson*, 6 v., Washington, Carnegie Institution of Washington, 1931, v. VI, p. 255-256. Citado en Freehling, p. 608. El texto de "Letter of Mr. Walker of Mississippi relative to the annexation of Texas" y una amplia discusión sobre la misma en Merk, *Fruits of Propaganda in the Tyler Administration*, Cambridge, Mass, Harvard University Press, 1971, p. 23-24 y 118-128.

⁷⁵ Van Zandt a Anson Jones, 20 de enero de 1844. Garrison (ed.), *op. cit.*, v. II, parte II, p. 239-243.

⁷⁶ Upshur a Murphy, 19 y 23 de enero de 1844. Dos meses después Elliot le escribió a Jones que eminentes políticos norteamericanos se oponían a la anexión si Texas no conseguía antes el reconocimiento de México, y que esta opinión era compartida por gran parte del pueblo norteamericano. Elliot a Jones, 3 de abril de 1844. Manning (ed.), *op. cit.*, v. XII, p. 65-69 y 375.

⁷⁷ Murphy a Upshur, 15, 19 y 22 de febrero y 4 de marzo de 1844. National Archives, Records of the Department of State, *Despatches from the United States Ministers to Texas, 1836-1845*, v. I.

La inesperada muerte de Upshur vino a perturbar todavía más a Murphy, por lo que escribió al propio Tyler, preocupado por su propio futuro y por el de la anexión. Le explicó al presidente su mal interpretada conducta del año anterior, así como su convencimiento de que Houston y su gabinete actuaban en secreto en contra de la anexión, por lo que, probablemente, aceptarían la propuesta inglesa de obtener el reconocimiento de México a cambio de las tierras antes señaladas. La presencia inglesa en Texas parecía obsesionarlo:

El número de agentes ingleses que pululan por Galveston y Houston le sorprendería —Secretos, oscuros y diligentes en esto o aquello, quiénes lo sabrían o sospecharían, sin poderse saber si son favorables a la anexión. Espías y delatores me rodean —y por algún tiempo he estado bajo la necesidad de negarme a las presentaciones ordinarias de todo el mundo (tan comunes aquí)...⁷⁸

Su excesivo celo le volvió a acarrear otra reprimenda, aunque más para consumo de los futuros críticos de la diplomacia norteamericana que del suyo, ya que al mismo tiempo se reconocía su labor tan acorde con “la ansiedad del Sr. Presidente por conseguir la anexión”. Así, se le recordó que no estaba en su poder prometer ayuda militar a los texanos y menos enviar a la goleta *Flirt* a las costas mexicanas. Murphy se disculpó con sus superiores diciendo que el capitán Davis sólo había ido en busca de información. A Anson Jones le explicó que los Estados Unidos no podían usar sus fuerzas contra una nación con la que estaban en paz, pero Texas no debía temer un ataque de México porque éste no estaba en condiciones de efectuarlo.⁷⁹

Sin embargo, al mismo tiempo que el pobre de Murphy se disculpaba, Calhoun, sucesor de Upshur en el Departamento de Estado, ratificó a los texanos la protección de los Estados Unidos durante las negociaciones, ofrecimiento ya hecho por su antecesor. Más tarde, cuando avisó a Murphy que el tratado había sido ya firmado, asegurándole que no habría obstáculos en su ratificación, agregó que se había ordenado a las fuerzas de mar y tierra de los Estados Unidos que vigilaran el Golfo de México y la frontera occidental de Texas, pues Tyler vería un ataque a ésta como una agresión a los mismos Estados Unidos y “ejercería toda la fuerza que poseyera para repelerlo”. Si Murphy se enteraba de que México se preparaba seriamente para atacar a Texas, y

⁷⁸ Murphy a Tyler, 16 de marzo de 1844. *Ibid.*

⁷⁹ John Nelson, secretario de Estado interino a Murphy, 11 de marzo de 1844. Murphy a Tyler, privada y confidencial, 8 de abril de 1844, y Murphy a Jones, 22 de abril de 1844. *Ibid.*

sólo en ese caso, debía comunicarse inmediatamente con el capitán Connor y el general Gaines; por lo demás, debía indagar toda acción que afectara los intereses de los Estados Unidos, sobre todo las provenientes de potencias extranjeras.⁸⁰

Recién enterado de la firma del tratado de anexión, Houston escribió una larga carta a Murphy en la que le exponía no sólo las ventajas que la anexión reportaría a los Estados Unidos sino —para sobresalto de Murphy— el futuro promisorio de una Texas independiente en caso de ser rechazado el tratado:

Los sentimientos ayudan bien en los asuntos de amores o en un discurso, pero en los negocios y gestiones entre las naciones no hay simpatías o emociones, salvo una y ésta es, esencialmente, el egoísmo. Yo veo a las naciones como negocios en grande y a veces en una impresionante escala, pero no más que esto. Consecuentemente, éstas no tienen alma y no reconocen a su *guía* sino a su provecho. Una vez que Texas fue dejada de lado y rechazada por los Estados [Unidos], sintióse de origen humilde, pero si un proyecto le fuera presentado para convertirse en la rival de los Estados Unidos, esto estimularía sus sentimientos de emulación y no sería de poca consideración que por el poder alcanzado, se sobrepusiera a la humillación de su temprana condición... [y que] las potencias de Europa no la vieran con indiferencia. Pero una cosa puede evitar que esto suceda y es la anexión.⁸¹

Aunque con argumentos no del todo novedosos, pero sí presentados haciendo gala de su retórica, Houston esperaba que Murphy enviara una copia de esta carta a Washington y, por lo mismo, instruyó a sus representantes en los Estados Unidos para que observaran las reacciones que despertara. Algo semejante había comentado también a Smith, su secretario, que estuvo provisionalmente en la legación texana en Washington: la conveniencia de que Inglaterra protestara por el tratado para que se enardeciera el nacionalismo de los whigs decidiéndolos a apoyar la anexión, a la vez que despertar el temor de que Texas se uniera a Inglaterra y a México en una alianza ofensiva contra el mundo, confesando sin ambages que “tal compromiso de parte de Inglaterra nos servirá mucho para nuestros propósitos aquí y, en el caso de fallar, nos servirá después”.⁸²

⁸⁰ Van Zandt y Henderson a Jones, 12 de abril de 1844. Garrison, *op. cit.*, v. II, parte II, p. 269-273. Calhoun a Murphy, 13 de abril de 1844. Manning, *op. cit.*, p. 70-73.

⁸¹ Houston a Murphy, 6 de mayo de 1844. *Writings of Sam Houston*, v. IV, p. 320-325.

⁸² Houston a Van Zandt y Henderson, 10 de mayo de 1844. *Ibid.*, p. 317-319. W. D. Miller a A. Smith, 19 de abril de 1844. *Ashbel Smith Papers*, University of Texas, citado en Harriet Smither, *op. cit.*, p. 203.

Los votos que Upshur pensó que aprobarían el tratado no se consiguieron. Tras un discurso pro-esclavista de Calhoun, todavía muy debatido, que enardeció a los abolicionistas y perjudicó en lugar de ayudar a la causa de la anexión, el tratado fue rechazado el 8 de junio por 35 votos contra 16. Calhoun comunicó la penosa noticia a Murphy pidiéndole invitar a Houston a no perder las esperanzas de lograr la anexión, pues se buscaría a través de una resolución conjunta del Congreso, ni menos a dejarse seducir por Inglaterra.⁸³

A poco de enterarse de que dejaba de ser encargado de negocios en Texas, por no haber aprobado el Senado su nombramiento, Murphy se contagió de fiebre amarilla, epidemia que azotó a Texas ese verano, y murió. Con carácter de interino se ocupó de su cargo el cónsul de Galveston, quien corrió con la misma suerte, al igual que el nuevo encargado de negocios, Tilghman Howard, amigo de Houston, a escasas dos semanas de haber llegado a Texas. Más resistente a los azotes de la región, Houston sobrevivió a una grave enfermedad, probablemente la misma fiebre, sufrida después de enterarse del rechazo del tratado y de la que se recuperó tras una larga convalecencia.⁸⁴

Antes de que el tratado se rechazara, Ashbel Smith —no pudiendo permitirse el lujo de perder el apoyo inglés— dijo a Aberdeen que Texas había buscado la anexión porque no contaba con el reconocimiento de México. Esto probablemente dio motivos a Aberdeen para sugerir la suscripción de un Acta Diplomática mediante la cual se garantizarían los límites y la independencia de Texas con la condición de que no se anexara a los Estados Unidos, compromiso que podría llevarse a cabo mejor con la participación de Francia. Calhoun no tardó en enterarse de estos planes y advirtió a su representante en París que debía impedir que Inglaterra y Francia se unieran a favor de Texas. Las noticias de Smith llegaron a Houston al final del verano, cuando ya sabía del rechazo al tratado de anexión. Éste ordenó entonces a Jones que se comunicara con Smith para que continuara las negociaciones con Ingla-

⁸³ Murphy a Calhoun, 25 de junio de 1844. National Archives, Records of the Department of State, *Despatches from the United States Ministers to Texas, 1836-1845*, v. I. En ésta Murphy respondía a una carta de Calhoun escrita el 11 de junio, tres días después del rechazo del tratado y en la misma fecha en la que Tyler habló de conseguir el tratado mediante una resolución conjunta del Congreso. J. Smith, *op. cit.*, p. 282-283. Esta misiva no se encuentra en la correspondencia del Estado pero su contenido debió ser muy semejante al de las instrucciones al sucesor de Murphy. Calhoun a Tilghman A. Howard, 18 de junio de 1844. Manning, *op. cit.*, p. 73-75.

⁸⁴ A. M. Green a A. Jones, 19 de julio, y a Calhoun, 20 de julio de 1844. National Archives, Records of the Department of State, *Despatches from the United States Ministers to Texas, 1836-1845*, v. I. Calhoun a Howard, 18 de junio de 1844. Manning, *op. cit.*, p. 73. Marshall De Bruhl, *Sword of San Jacinto. A Life of Sam Houston*, New York, Random House, 1993, p. 305-306.

terra, pero no cediera en lo referente a la frontera que debería ser el Río Bravo, instrucciones que Jones, ya presidente electo, decidió no enviar.⁸⁵

Si por un lado existía, como se ha visto, una verdadera preocupación por parte del gobierno de los Estados Unidos respecto a los planes de Inglaterra en Texas, no menos se dejó de explotar entre el público el temor y el enojo que la injerencia inglesa provocaba, sobre todo, en un momento muy oportuno. A finales de mayo, la convención del Partido Demócrata postuló a James K. Polk como su candidato a la presidencia, tras largas sesiones en las que se había bloqueado al grupo que postulaba a Van Buren. El hacedor del Partido Demócrata nacional se había comprometido, desde antes de la convención, con Henry Clay, el casi seguro candidato whig, a que ninguno incluiría en su plataforma política el asunto de Texas que tanto dividía regionalmente a los partidos. Sin embargo, esto valió a Van Buren que perdiera la postulación al no contar con el ala sureña de su partido. Polk, libre de todo compromiso, emprendió una campaña favorable a un expansionismo no sólo regional sino nacional: Oregón y Texas.

Andrew Jackson Donelson: el enviado avisado

Durante la campaña presidencial, no se recibieron en Washington noticias oficiales de Texas por las sucesivas muertes de sus representantes. El último encargado de negocios, Andrew J. Donelson, llegó a su destino poco después de las elecciones que dieron el triunfo a Polk. Era sobrino del presidente Jackson y no sólo muy cercano a éste, sino que, por haber sido su secretario, era amigo de todos los líderes del Partido Demócrata, como Van Buren, Calhoun y, el difícil de contentar, Thomas Hart Benton, a la vez que del mismo Houston. A diferencia de sus antecesores que, si bien presionaron al gobierno de Texas según las instrucciones que recibían, pero cuya actuación no fue decisiva porque las negociaciones se habían realizado en Washington, y más bien limitaron sus tareas a sólo informar, Donelson jugó un papel muy importante ante el gobierno texano debido a la nueva forma por la que Tyler

⁸⁵ Smith a Houston, 2 de junio de 1844. *Ashbel Smith Papers*, University of Texas. Citado por H. Smither, *op. cit.*, p. 204. J. Smith, *op. cit.*, 163 y 171-175. Aberdeen a Cowley, 18 de julio de 1844, y Calhoun a King, 1 y 12 de agosto de 1844. Citado en Adams, *op. cit.*, p. 181-183. Rives dice que Aberdeen se decidió a actuar al enterarse de la carta de Calhoun a King en la que elogiaba la esclavitud y no consideraba que Aberdeen actuara por motivos humanitarios sino comerciales. Rives, *op. cit.*, v. 1, p. 704 y 705. Smith a Houston, 24 de junio y 1 de julio de 1844, en Ashbel Smith, *Reminiscences of the Texas Republic*, citado *ibid.*, v. 1, p. 685.

se propuso conseguir la anexión. En efecto, el éxito de ésta dependía no del Senado norteamericano como en el caso anterior, sino del Ejecutivo y el Legislativo texanos, amén de otra instancia surgida durante el proceso, y que era la consulta de una convención popular elegida con el propósito único de decidir la suerte de la república de Texas.

Al llegar a Texas, Donelson aún no tenía noticias del triunfo de Polk, del cual creía dependería el éxito de su misión, al significar la aprobación del pueblo norteamericano a la anexión, lo que mejoraría el ánimo de los texanos. Las noticias llegaron semanas después de su arribo, pero éste ya había bastado para revivir entre los texanos la casi perdida esperanza por la anexión. Donelson los encontró favorables a la unión con los Estados Unidos, pero no optimistas y casi eufóricos como los había visto Murphy, pues les había pesado mucho el rechazo del tratado de anexión en el Senado norteamericano. Sin embargo, el nuevo encargado de negocios no estaba muy seguro respecto de la actitud del grupo político en el poder, en el que percibía cierta desconfianza. Por otro lado, el grueso del comercio texano se realizaba con Europa, y Donelson observó que los ingleses y los franceses no perdían de vista las actividades de los norteamericanos, aunque esto no pareció preocuparle, pues no sabía qué podrían ofrecerle a Texas.⁸⁶

Durante su primera entrevista con Houston, Donelson centró la conversación en su tío Andrew y en lo que éste esperaba de su amigo Sam, a quien consideraba que “la Providencia había hecho el actor preponderante” de una Texas que sería el núcleo de nuevos estados que se extenderían hasta el Pacífico. Houston, inmovible al parecer ante tales demostraciones de halago, aprovechó la ocasión para quejarse, pues no había quedado satisfecho con las escasas garantías de seguridad que los Estados Unidos les habían ofrecido en caso de que México los atacara y, por otro lado, no tenía dinero. Donelson le recordó las limitaciones que tenía el Ejecutivo norteamericano con respecto al uso de la fuerza, mismas que esperaba se superaran ante la apelación del pueblo texano, amén de que la anexión aumentaría el valor de las tierras de Texas. Tras dos entrevistas con Houston, Donelson pareció convencido de su lealtad, pero no dejó de presionar a su gobierno para que no dilatará la anexión, ya que estaba seguro de que México rompería relaciones con los Estados Unidos y, por otro lado, Inglaterra po-

⁸⁶ Bemis, *op. cit.*, v. V, p. 173. Stewart Newell a Calhoun, 12 de noviembre, y Donelson a Calhoun, 11 y 12 de noviembre de 1844. National Archives, Records of the Department of State, *Despatches from the United States Ministers to Texas, 1836-1845*, v. I. Por lo demás, en esos momentos Aberdeen se había olvidado del proyecto del Acta Diplomática y no había conseguido el apoyo de Francia, a la vez que Elliot no se mostraba muy optimista en diciembre, aunque el nuevo año le traería nuevos bríos. Adams, *op. cit.*, p. 195 y 196.

dría obtener de México el reconocimiento de Texas, “sin ser restringida por ninguna estipulación con respecto a la esclavitud, *incluso sin el compromiso de rechazar otra propuesta de anexión de los Estados Unidos*”.⁸⁷

En los primeros días de diciembre, Tyler propuso en su mensaje anual al Congreso la anexión de Texas por resolución conjunta de las dos cámaras, para la cual sólo se necesitaba mayoría simple. Hacia Navidad, un Donelson más confiado con esta noticia escribió que, aunque Elliot le había dicho que propondría al gobierno texano garantizarle su independencia y ciertos privilegios comerciales a cambio de no unirse a los Estados Unidos, no estaba preocupado por la suerte de la anexión, ya que el gobierno de Texas le había dado toda clase de seguridades respecto a que no firmaría contrato alguno con Inglaterra hasta que no se resolviera el asunto de la anexión. Días antes, Donelson había asegurado al gobierno texano que contaría con la protección de los Estados Unidos, los que no buscaban engrandecerse sino sólo recuperar lo que se les había quitado:

Si México, por consiguiente, ha perdido Texas, sólo tiene que culparse a sí misma y al espíritu libre y valeroso que los ciudadanos de este territorio trajeron de su madre patria. Si los Estados Unidos ganan Texas será porque el mismo espíritu libre, por *ley del destino*, retorna naturalmente a una asociación análoga, para ser protegido bajo la bandera de la unión común y vivir seguro mientras ejerce su tarea proporcional de extender las bendiciones de las libertades civiles y religiosas.⁸⁸

Donelson tuvo que ocuparse, poco después, de los problemas de Duff Green con el gobierno texano. Éste, hasta hacía poco confidente de Tyler en Londres y recién llegado de México, ocupaba ahora el cargo de cónsul en Galveston, salvo que no residía en ese puerto sino en Washington, Texas, desde que el Congreso texano había iniciado sus sesiones. El gobierno de Texas lo desconoció como cónsul y se quejó con Donelson de que Green había estado buscando el apoyo de los congresistas para vender tierras a través de la Texas Land Co. y para conquistar tierras de California y el norte de México con un ejército de indios traídos de los Estados Unidos. Además, públicamente había hecho alarde de poder provocar una revuelta contra el gobierno texano que no lo apoyaba, aprovechando el clima de excitación favorable a los Estados Unidos y contrario a la influencia europea.

⁸⁷ Donelson a Calhoun, 24 y 25 de noviembre de 1844. *Ibid.*

⁸⁸ Donelson a Calhoun, 24 de diciembre, y Donelson a Allen, 10 de diciembre de 1845. *Ibid.* El subrayado es nuestro.

Con todo detalle, Donelson explicó a Calhoun que no tenía conocimiento de las actividades de Green y menos que él mismo participara en ellas, ya que, siendo el más interesado en conseguir la anexión, no iba a complicar este delicado asunto provocando el enojo tanto de los texanos como de los mexicanos. A la vez, convenció al gobierno texano de que Green no había pretendido ofenderlo, aunque no consideró prudente pedir su reinstalación como cónsul. Zanjado este asunto, Donelson se marchó a Nueva Orleans y durante dos meses no se comunicó con sus superiores.⁸⁹

Cuando Tyler firmó el 1 de marzo la resolución conjunta del Congreso para la admisión de Texas a la Unión, Calhoun comunicó a Donelson los términos de ésta y la determinación del presidente de que los texanos aceptaran la oferta como se establecía en las dos primeras cláusulas, para lo cual se requería únicamente la aprobación del Congreso texano, y no se buscara la opción de la tercera, sugerida por el Senado norteamericano y que implicaba una nueva negociación que retardaría mucho la anexión. Además, Calhoun le sugería recomendar al gobierno de Texas que no hiciera enmiendas a la propuesta, pues éstas retardarían el proyecto. En suma, no había que dar tiempo a los europeos, ya que no desaprovecharían cualquier oportunidad de impedir la anexión y Donelson era el indicado para frustrar tales intentos.⁹⁰

En cuanto le llegó la propuesta formal, Donelson regresó a Texas a finales de marzo. A su llegada a Galveston se enteró que Elliot y Saligny, el ministro francés, acababan de salir rumbo a Houston con una propuesta encaminada a impedir la anexión. A nivel de rumor, lo que los europeos se traían entre manos era del dominio público: ofrecer a Texas el reconocimiento de México y algunas ventajas comerciales a cambio de no aceptar la propuesta del Congreso norteamericano. Sin embargo, el gobierno texano mantuvo en secreto su aquiescencia. El 30 de marzo, Ashbel Smith, que había regresado de Inglaterra y era entonces secretario de Estado, se comprometió con Elliot y Saligny a retardar noventa días la aceptación de cualquier propuesta de anexión, para dar tiempo a que se consiguiera la paz con México. Dos días después,

⁸⁹ Donelson a Calhoun (números 9 y 10), 9 y 25 de enero de 1845. *Ibid.* Estas dos cartas y otras dos que las acompañaban, una de ellas del propio Duff Green, no se encuentran en Manning. Por otro lado, el Departamento de Estado envió en marzo a Charles Wicliffe como agente especial secreto para que trabajara a favor de la anexión. Manning, *op. cit.*, p. 88-90, 412-416, 421, 422, 433 y 434.

⁹⁰ Calhoun a Donelson, 3 de marzo de 1845. National Archives. Poco después tomó posesión Polk y Calhoun fue sustituido por Buchanan. De momento, Polk dudó acerca de cuál propuesta convenía más presentar a los texanos, y hasta pidió a Donelson no seguir las instrucciones de Calhoun y retrasar su salida; finalmente se decidió por recomendar la misma opción de Tyler. Smith, *op. cit.*, p. 353 y 354

Donelson le presentó al gobierno de Texas la propuesta de anexión por resolución conjunta del Congreso de los Estados Unidos sin que lo enteraran de las negociaciones emprendidas para conseguir el reconocimiento de México.⁹¹

Por otro lado, Donelson no estaba solo. Polk, en cuanto tomó posesión como presidente, envió a Charles Wickliffe como agente especial para auxiliar a su encargado de negocios. Wickliffe había sido nada menos que director general de Correos, cargo que, tradicionalmente, en los Estados Unidos proporcionaba una vasta experiencia política, por el conocimiento que se tenía de los problemas regionales a través de las más remotas oficinas de Correos de toda la nación.⁹²

Durante el mes de abril prevaleció el tono optimista en las cartas de Donelson, aunque Houston le había dicho que no apoyaría la anexión en los términos de las dos primeras secciones de la resolución conjunta por ser desventajosos para Texas, además de que Anson Jones se había tardado en convocar al Congreso, pues se decía que estaba a favor de Inglaterra. Menos se tomó Donelson la molestia de informar sobre los rumores que corrían de una intervención inglesa, porque ni Houston, ni Jones, ni Elliot, ni las rivalidades regionales hacían mella en la opinión pública texana que estaba a favor de la anexión. Confiamamente podía afirmar que hasta les convendría la interferencia inglesa para quitarles el problema de la definición de los límites:

Es de esperarse que el gobierno inglés, engañado por su confianza en el apoyo del ejecutivo de Texas, le ofrezca su independencia incondicional. El pueblo de Texas, entonces, al aceptar la propuesta de los Estados Unidos se verá aliviado del asunto de los límites y todas sus molestias y dará una lección a los gobiernos europeos la cual, mejor que la guerra, los convencerá de que ya han pasado los días en que su diplomacia podía debilitar los lazos de la unión federal o establecer con éxito en alguna parte de este continente intereses opuestos a los principios republicanos... Pero la probabilidad más fuerte es que la demostración hecha a favor de la resolución conjunta, detendrá al capitán Elliot de ofrecer ninguna otra propuesta, aunque tuviera la facultad de hacerlo, y se retirara del terreno dejando a México todos los asaltos de papel que pueda hacerle a los Estados Unidos.⁹³

⁹¹ *Ibid.*, 209 y 210. Rives, *op. cit.*, v. I, p. 705.

⁹² Acerca de la actividad de los agentes confidenciales de Polk en México, véase a Brooke Caruso, *The Mexican Spy Company. United States Covert Operations in Mexico, 1845-1848*, Jefferson, N. C., Mc Farland & Company, 1991.

⁹³ Donelson a Buchanan, 1, 3, 12 y 29 de abril de 1845. *Ibid.*

Por otro lado, a Donelson le había llamado la atención que cuando presentó la propuesta de anexión no lo recibiera Ashbel Smith sino Ebenezer Allen, quien había quedado como secretario de Estado interino, simpatizándole más que Smith, y que le informó que éste había salido en viaje de negocios a los Estados Unidos. Cuando Donelson se enteró a fines de abril de que Smith estaba en Londres, no le quedó duda de que Jones estaba en tratos con Inglaterra. Sin embargo, no pareció preocuparse por algo que él mismo había deseado. Le bastaba la actitud favorable del pueblo texano a la anexión, amén de no dejar de ser consciente de los intereses personales de los políticos texanos, a quienes su actitud podía hacer acreedores de recompensa:

No es sino natural que el presente gobierno de Texas se aferre con tenacidad a la condición política que asegura a sus miembros honores inmediatos y ventajas pecuniarias. Si, por consiguiente, el presidente Jones hace algo más que aceptar con gracia la entrega de su cargo, tendrá derecho a ser considerado en proporción a como se eleve por encima de tales sentimientos y emociones.⁹⁴

Pocos días después de enterarse de que Smith estaba en Londres, Donelson visitó a Houston y lo encontró cambiado, como había previsto, ya que ahora consideraba que la mejor opción era aceptar la anexión en los términos de las dos primeras cláusulas. Si Donelson no había abrigado muchos temores respecto a la anexión, con el apoyo de Houston a ésta consideraba que el partido de la oposición no tendría ninguna fuerza. Esta seguridad le permitió dedicar sus energías a otra tarea que no abandonó sino hasta terminar su misión en Texas.

⁹⁴ Donelson a Buchanan, 3 de abril de 1845. *Ibid.* Por esas mismas fechas Buchanan también se enteró de las andanzas de Smith y sugirió a Donelson que hiciera ver a los texanos las ventajas de la anexión y el peligro de caer bajo el control monárquico inglés y ofrecerles que se reconociera el empeño de los gobernantes de Texas, quienes era de esperarse temieran que “their importance and their emoluments might be lessened by annexation”. Buchanan a Donelson, 28 de abril de 1845. Manning, *op. cit.*, p. 90 y 91. El envío de Ashbel Smith a Londres ha dado lugar a muchas especulaciones porque contradice su anterior postura anexionista. Justin Smith, *op. cit.*, p. 412. La contradicción desaparece si se toma en cuenta que fueron Elliot y Saligny los que sugirieron que Smith viajara a Londres, en donde no tenía nada que hacer, para quitárselo de encima. En el camino, Smith escribió a Jones diciéndole que todo el pueblo texano estaba a favor de la anexión y podía rebelarse cuando se enterara de las negociaciones que entonces sostenían con Inglaterra. Con sólo saberse que él se dirigía a Londres, la opinión pública “would be inflamed beyond control”, por lo que le sugería, si lo consideraba pertinente, retrasar su viaje o cancelar su misión. Ashbel Smith a Anson Jones, desde Galveston, 9 de abril de 1845, en Jones, *Memoranda and Oficial Correspondence of the Republic of Texas, its History and Annexation*, New York, 1859, p. 446-448.

Ahora bien, si Green había planeado arrebatarle con violencia sus tierras a México, a Donelson y a Wickliffe éstas no les preocupaban menos y con frecuencia se refieren a ellas. Sus propuestas giraban en torno a dos asuntos. Ante el temor de que México confinara a Texas a la frontera del Nueces en el momento de la anexión, debían actuar con prontitud para impedirlo. Para ello, el capitán Stockton haría gala de la fuerza de su flota frente a las costas mexicanas, aunque sin atacar, porque no era conveniente agredir abiertamente a México. Por otro lado, con el pretexto de que Juan N. Almonte, el ministro mexicano, se había retirado de Washington, y dadas las negociaciones de Texas con México y que este país podría irritarse por la inminente anexión, era necesario proteger la frontera occidental texana. Además, en caso de que los mexicanos los atacaran, el escenario de la guerra sería Texas y, entonces, de ser así, los norteamericanos debían controlar el Bravo, sobre todo su entrada en Brazos de Santiago, que estaba en manos de los mexicanos. Stockton podría ocupar Brazos de Santiago, pero debían enviarle embarcaciones adecuadas para patrullar el río. Donelson opinaba que mientras más pronto estuvieran en posesión de estos lugares estratégicos, más pronto podrían concluir la guerra. Así, en la misma carta en la que Donelson informó a Buchanan, secretario de Estado de Polk, de su visita a Houston, también le explicó que Allen le había comentado *informalmente* que los texanos estaban muy temerosos de un ataque de México que no podrían rechazar sin la ayuda de los Estados Unidos; por ello le pedía que, una vez aprobada la anexión, el ejército norteamericano ocupara la frontera para proteger a los texanos de un “posible ataque de indios o de mexicanos”.

Donelson respondió a Allen que presentara su petición formal, y a Buchanan no le ocultó su satisfacción de que las cosas fueran por tan buen camino, tanto que pasó las tres semanas siguientes en Nueva Orleans. Ahí le llegó la esperada carta de Allen que, por los quince días que le tomó escribir, no parecía estar muy inquieto. Donelson inmediatamente le informó a Buchanan que Jones ya había convocado a la convención que decidiría el asunto de la anexión el 4 de julio, que las intrigas de Elliot quedarían como una imprudente interferencia del gobierno inglés, pero que, precisamente, por las negociaciones entre Texas y México, no era de esperarse un ataque de este último. Sin embargo, una vez aprobada la anexión se mandarían tropas de los Estados Unidos a la frontera; pero no antes, sobre todo, si no era necesario, ya que debían ser muy cautos para no dar la impresión de presionar a Texas con las armas.

Queda en duda si dicha cautela debía interpretarse como una deferencia a la opinión pública extranjera o implicaba cierto temor

por el grupo político texano que suponían se oponía a la anexión. De todos modos, añadía Donelson, aunque no se movilizara al ejército, el Golfo de México estaba bien cuidado, especialmente la costa entre el Nueces y el Bravo. Esta vigilancia le permitió a Donelson enterarse de la salida de Elliot de Veracruz con el reconocimiento de México de la independencia de Texas condicionado a la no anexión a los Estados Unidos. Donelson no sentía preocupación alguna por la reacción texana a la propuesta de México y en cambio externaba en su correspondencia su temor ante la amenaza de un ataque mexicano a Texas, aunque debido a la “imprudente intervención inglesa” no era de temerse sino hasta después del 4 de julio, cuando ya el ejército norteamericano pudiera intervenir. Por otro lado, también se preguntaba qué le respondería Jones respecto a sus maquinaciones; cualesquiera que fuesen las respuestas, lo evidente era que Jones había tratado de evitar la anexión.⁹⁵

Una vez vuelto Elliot, Donelson no se preocupó por seguirle a Washington en el Brazos, sino que continuó en Galveston, ya que no le importaban tanto los movimientos del inglés como el contacto inmediato con el exterior a través del puerto. Desmintió los rumores de que Stockton ayudaba a la milicia texana para defender el Río Bravo. Sólo había explorado la costa pero ya estaba de regreso: “[Stockton] no ha tomado medida alguna susceptible de ser interpretada como una agresión hacia México —ni la tomará a menos que así se le ordene.” A la vez, su preocupación por un ataque de México se traduce en el trazo de una posible campaña: la infantería y la artillería debían ser transporta-

⁹⁵ Donelson a Buchanan, 6 de mayo de 1845, y Allen a Donelson, 19 de mayo de 1845. National Archives. La respuesta de Buchanan a la carta de Donelson del 6 de mayo es toda una lección de cómo escribir lo que después será críticamente leído. Como si no fuera suficiente la cuidadosa forma en que Donelson le había planteado el asunto de la protección a Texas, Buchanan vuelve a transcribir textualmente los renglones en los cuales Donelson le decía que el gobierno de Texas había pedido con ansiedad la protección de los Estados Unidos en caso de suscitarse incursiones de “mexicanos o de indios”, para decirle que en cuanto la petición se presentara por escrito se enviaría a Polk, quien consideraba “su derecho y su deber” defender a Texas. 23 de mayo de 1845, Manning, *op. cit.*, p. 92 y 93. Años después, Anson Jones escribió que Donelson los había presionado para que pidieran la ayuda militar de los Estados Unidos, la cual no era necesaria y sí convenía a la política agresiva de éstos hacia México. Anson Jones, *op. cit.*, p. 53. Citado por Norman A. Graebner, “La guerra con México: un estudio de las causas”, en Víctor Adolfo Arriaga Weiss *et al.* (comp.), *Estados Unidos visto por sus historiadores*, México, Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora y Universidad Autónoma Metropolitana, 1991, v. I, p. 166. Además, en Inglaterra se había pensado que los Estados Unidos buscaban con este uso de la fuerza un pretexto para atacar a México. Bankhead a Aberdeen, 30 de marzo de 1845, citado *ibid.*, 178. Tampoco se puede ver la movilización del ejército como una presión de Polk al pueblo texano por estar éste a favor de la anexión. Wickliffe a Buchanan, 20 de mayo de 1845; Donelson a Buchanan, 11 y 24 de mayo, y Donelson a Allen, 24 de mayo de 1845. National Archives.

das por mar; sin embargo, el párrafo en el que describía la estrategia a seguir en el Bravo fue tachado.⁹⁶

El clima de excitación que tanto la cercanía de la reunión del Congreso y de la convención como el conocimiento de las negociaciones con México, amén de las declaraciones de Elliot asegurando que ese país atacaría si su propuesta era rechazada, hizo que corriera una serie de rumores sobre los movimientos del ejército mexicano en la frontera. Al parecer, estos rumores confundieron al mismo Donelson, ya bastante inquieto por la desconfianza que le inspiraba Jones, pues en una carta enviaba un informe que en la siguiente desmentía y no lograba aportar pruebas del ataque que, estaba seguro, preparaban los mexicanos. Lo que en realidad parece ocultarse tras esta ansiedad de Donelson era la suerte que correrían las tierras entre el Nueces y el Bravo, las cuales podían ser ocupadas por México antes de la anexión. Donelson relacionaba esta maniobra con el interés de Inglaterra por evitar que estas tierras pasaran a manos de los Estados Unidos. Todo esto era un mero pretexto, como lo mostró su afirmación, misma que Polk sólo repetiría un año después:

Se tendrá cuidado de arrojar sobre el gobierno de México la responsabilidad de las medidas agresivas —y mantener tales relaciones con el ejecutivo de esta república [Texas] como para no darle pretexto de ejercer sus poderes constitucionales para arruinar la consumación de la anexión... Es mejor para nosotros esperar a ser atacados que incurrir en el riesgo de entorpecer el asunto de la anexión, con la consecuencia de la inmediata posesión de las tierras hasta el río Bravo. Usted observará que he cuidado todos los detalles.⁹⁷

Un muy confiado Donelson recibió la noticia de la aprobación del Congreso a la anexión a la vez que el permiso para que el ejército norteamericano ocupara el territorio de Texas. Asimismo, sus comentarios aclaraban más las razones de su preocupación por Texas. Se quejó con Buchanan de que los texanos partidarios de México creían que los norteamericanos los llevarían a la guerra para quedarse con

⁹⁶ Donelson a Buchanan, 2 de junio de 1845. En el párrafo tachado sólo se alcanzan a leer palabras como artillería, Gran Bretaña, Stockton, “capital of Mexico”. Manning pasa por alto la tachadura de este párrafo. *Op. cit.*, p. 424.

⁹⁷ Donelson a Buchanan, 4, 7, 11 y 13 de junio, y 2 de julio. Donelson también le comunicó a Allen que contara con la protección del ejército norteamericano, a la vez que le recordó que se apegaran a las dos primeras cláusulas de la propuesta. Allen no pareció darle motivos a Donelson para temer un ataque de México, pero el astuto encargado de negocios justificaba ir a la guerra con tal de conseguir la anexión, y también explica a su superior la diversa actitud que México y los Estados Unidos habían tenido hacia Texas, que-

las tierras entre el Nueces y el Bravo. Un cauteloso Donelson no consideró quién era el dueño legítimo de ese territorio, sino sólo que ninguna de las dos naciones lo controlaba en su totalidad: los texanos ocupaban Corpus Christi y los mexicanos Santiago. Así, rechazó la acusación porque

Sin embargo, México ha amenazado con renovar la guerra para [conseguir] todo Texas si ésta acepta la propuesta de anexarse a la Unión. Si [México] emprende tal expedición pone, por supuesto, su total reclamación a merced de la guerra y nos da el derecho de ir no sólo al río Bravo sino a donde quiera que nos plazca.⁹⁸

A su vez, Donelson explicó a Stockton la estrategia estrictamente defensiva de Taylor para proteger a los texanos, aunque en caso de guerra, combinadas las acciones de ambos, podrían arrojar, sin la ayuda de los texanos, a los mexicanos más allá del Bravo. Creía, sin embargo, que México no recurriría a las armas y buscaría solucionar sus problemas con un tratado. Del mismo tenor son las instrucciones que giró a Taylor:

pero debe entenderse claramente que su acción será estrictamente defensiva y encaminada a la protección de los derechos de Texas. Usted puede, sin peligro, tomar posesión de Corpus Christi y otros puntos sobre el Nueces, y si México intenta desalojarlo, arrójelo más allá del río Bravo.⁹⁹

La misión de Donelson no terminó con la aprobación de la anexión por la convención popular texana el 4 de julio. La buena nueva se le comunicó tanto a Buchanan como a Taylor, pero seguía pensando en la conveniencia de un ataque de México como solución al asunto de las tierras en disputa. El Congreso texano había levantado sus sesiones sin definir los límites entre México y Texas, ni legislar sobre lo que habría de hacerse en caso de una posible invasión. Había sido intención del Congreso hacerlo, pasando aun sobre el veto de Jones, pero su contención le pareció bien a Donelson, ya que era mejor sacar ventaja de

jándose de Elliot y los europeos; en realidad, estos mensajes estaban dirigidos contra Anson Jones, porque éste había declarado el cese de hostilidades entre México y Texas el 6 de junio. Donelson a Allen, 11 de junio de 1845. National Archives.

⁹⁸ Donelson a Buchanan (30 y 31), 19 y 23 de junio de 1845. *Ibid.*

⁹⁹ Donelson a Stockton, 22 de junio, Donelson a Taylor, 28 de junio de 1845. El agente norteamericano le escribió a Buchanan que no iban a arriesgarse a poner en peligro la anexión por apoderarse de las tierras hasta el Grande; era preferible esperar el ataque de los mexicanos y entonces expulsarlos más allá de aquél. Donelson a Buchanan, 2 de julio de 1845. *Ibid.*

las amenazas de México y no precipitarse a fijar el límite en el Río Bravo por el embarazoso detalle de que quedarían incluidas en Texas tierras de la región mexicana de Santa Fe.¹⁰⁰

Sin embargo, Donelson se molestó con Anson Jones porque pudo mejor haber especificado los límites de Texas, en lugar de lanzar una proclama suspendiendo hostilidades entre ésta y México; ante la conducta del presidente de Texas, bien podrían los norteamericanos no pelear por más tierras para los texanos, mismas por las que el gobierno texano parecía mostrar tan poco interés. Pero Donelson no podía dejar de estar a favor de la “importante medida” de la administración de Polk centrada en conseguir el territorio tantas veces mencionado entre el Nueces y el Bravo. Tanto es así que mencionó a Buchanan una serie de argumentos (ninguno original) para justificar el derecho de los Estados Unidos a esas tierras en caso de que no hubiera guerra. El mismo Donelson reconocía que tales consideraciones eran meros apoyos a la real necesidad de los Estados Unidos de establecer el límite en el Bravo, ya que México nunca podría ejercer su autoridad hasta el Nueces; estaba a merced de las tribus indias, y sin poder controlar ni colonizar dicho territorio más le convenía que los Estados Unidos lo cuidara de los indios y, de paso, se librara de los malos consejos, por mala fe o incapacidad, de los ingleses. Ese mismo día volvió a escribir una carta privada a Buchanan. Estaba enfermo, escribía con mala letra y se mostraba ansioso. Dio cuenta en ella de la rivalidad entre los hombres de Houston, Jones y Lamar. Recordaba que los franceses habían dicho, cuando le vendieron la Louisiana a los Estados Unidos, que el límite occidental llegaba hasta el Río Bravo. Tampoco perdía la confianza en que Polk estuviese dispuesto a reclamar la frontera hasta dicho río. Pero, en ese momento, las cosas podían quedarse como estaban, aunque si México atacaba estarían libres “de arreglar el asunto como nuestra seguridad y sentido de... y justicia pueda dictar de acuerdo con los principios de la guerra”.¹⁰¹

Antes de regresar a los Estados Unidos, una vez terminada su misión, Donelson visitó a Taylor en Corpus Christi, en la creencia, como era la “opinión de los concededores”, de que México declarararía la guerra a los Estados Unidos. Informó de esto a Allen diciéndole que Taylor no defraudaría la confianza de los texanos, a la vez que le sugirió llamar a la milicia texana para poder expulsar más fácilmente a los mexicanos.¹⁰²

¹⁰⁰ *Loc. cit.*

¹⁰¹ Donelson a Buchanan (35 y privada), 11 de julio de 1845. *Ibid.* La privada no se encuentra en Manning.

¹⁰² Donelson a Buchanan (37), 24 de julio, y Donelson a Allen, 5 de agosto de 1845. *Ibid.*

Ya de vuelta en Nueva Orleans, Donelson respondió a la última carta de Allen en la que éste le reiteraba que ni Inglaterra ni Francia habían interferido en la consumación de la anexión, amén de que Jones no hubiera podido ocultarle al pueblo texano la oferta de reconocimiento de México. Donelson, por supuesto, no se dio por satisfecho con tales explicaciones y reprobó las maquinaciones de Elliot, que no habían tenido otro objetivo que el de impedir la anexión. Lo único que había conseguido había sido herir el orgullo de los mexicanos y aumentar las probabilidades de que atacaran a Texas, “una guerra que no justificarían las potencias civilizadas y que sumergirá a esa infortunada nación en una más profunda desorganización y ruina”. Ese mismo día escribió a Buchanan que Taylor estaba listo para repeler cualquier ataque mexicano hasta el Bravo. Sólo volvió a lamentarse del inconveniente que los texanos les pudieron ahorrar de resolver ellos mismos el problema de los límites con México; declaración que parecía no dirigida a Buchanan, sino a los “historiadores” por venir.¹⁰³

El esperado ataque de México no tuvo lugar. Tras casi un año de espera, Taylor se movió y asentó en la margen izquierda del Grande para, finalmente, provocar una guerra por la que le arrebataron a México dos inmensas provincias, California y Nuevo México, además del disputado territorio entre los ríos Nueces y Bravo.

Últimas consideraciones

Cuando los humanistas del Renacimiento pusieron las bases de la diplomacia moderna, con sus contenidos epistolares definidos y acordes con las necesidades de la época, y organizaron los archivos en que celosamente se guardaba la correspondencia diplomática de los ojos del enemigo y como fuente informativa, nunca imaginaron que siglos después esos archivos se iban a abrir, no para resolver los problemas que habían sido la razón de su existencia, sino para ser leídos por espíritus inquisitivos deseosos de historiar el pasado lejano. El fin del secreto de los archivos puso en guardia a los hombres de Estado, quienes se cuidarían más, a partir de entonces, de poner por escrito todo aquello que pudiera ser moralmente criticable en los niveles personal y político.

De ahí que la correspondencia diplomática de los Estados Unidos, desde sus inicios —por haberse formado los padres fundadores en los principios de la diplomacia europea, especialmente la inglesa de refina-

¹⁰³ Donelson a Allen y Donelson a Buchanan, 14 de agosto de 1845. *Ibid.*

dos alcances— haya sido muy cuidadosa no sólo porque podía ser espía, sino porque esta primera república popular moderna no debía violar ciertos principios a favor de los derechos de los pueblos; republicanism no acorde, al menos en teoría, que no en la práctica, como se ha visto, con los arteros medios de la diplomacia de los príncipes.

Así, la correspondencia entre Washington y Texas, al igual que entre ésta e Inglaterra, presenta una cuidada forma cuyas verdaderas tendencias sólo se pueden adivinar, ocasionalmente, por los sucesos que la rodean. En el caso de la anexión de Texas la excepción son los diplomáticos mexicanos que abiertamente denuncian o se quejan de los agravios recibidos o, frecuentemente, recurren a la dilación como último recurso defensivo. Ahora bien, si los responsables del servicio exterior evitan dar sus órdenes por escrito o éstas se destruyen una vez conocidas, los funcionarios subalternos no necesitan ser tan cautos y se expresan con más franqueza, razón que hace de la correspondencia de los enviados en Texas una buena fuente de información; caso que, por lo demás, no constituye el único ejemplo en la historia de los Estados Unidos.¹⁰⁴

Por otro lado, si contemplada a distancia la anexión parece casi inevitable, los hombres que participaron en su realización no estaban, en su momento, muy seguros de lograrla, al igual que Inglaterra llegó a creer posible el impedirla. Era difícil, en verdad, que cupiera en la cabeza de un estadista europeo como Aberdeen, testigo de la tenacidad con que ciudades y pequeños estados habían defendido sus libertades, que Texas, con un territorio tan inmenso, no prefiriera su independencia en lugar de convertirse en un estado más de la Unión Americana.

De esta manera, la incertidumbre del presente impregnó todas las negociaciones que condujeron a la anexión. Los enviados norteamericanos no estaban seguros de la confiabilidad de la información que recibían de su propio gobierno. En el caso del primer tratado, Upshur creía contar con los votos necesarios para su aprobación en el Senado, mientras que el inglés Elliot insistía, y con razón, que no los conseguirían. Menos podían confiar en los informes que recibían del gobierno texano y, mucho menos, en las noticias procedentes de México, en donde el gobierno parecía siempre estar preparando un ataque, o de Inglaterra, interesada en una Texas independiente que detuviera el crecimiento norteamericano, con la que podrían comerciar y que a la vez no afectaría su comercio con México. Esta incertidumbre se acentuó en las

¹⁰⁴ Cristina González, “Las Floridas y el expansionismo norteamericano en México”, en *Cinco siglos de historia de México*, Virginia Guedea y Jaime E. Rodríguez (ed.), México, Instituto de Investigaciones Históricas Doctor José María Luis Mora y University of California, 1992, p. 394-397.

dos ocasiones en que los Estados Unidos presentaron propuestas específicas de anexión, correspondientes a las gestiones de Murphy y de Donelson. Paradójicamente, cuando los anexionistas norteamericanos habían contado con el acuerdo de Texas, no tuvieron el apoyo mayoritario en su nación, mientras que, cuando al fin pudieron asegurar una propuesta de anexión por parte del Congreso, se enfrentaron con cierta resistencia en Texas porque la nueva opción no daba a los políticos texanos oportunidad para negociar. Además, si antes la propaganda se había hecho en los Estados Unidos, hubo entonces que convencer a la opinión pública texana y a sus gobernantes, razón por la que Polk mandó a Wickliffe a reforzar la labor de Donelson.

En cuanto a la realidad de la alarmante “conjura inglesa”, Inglaterra en ningún momento demandó a los texanos la renuncia a su soberanía, y mucho menos estuvo dispuesta a ir a la guerra con los Estados Unidos por Texas, como tampoco comprometió su reputación diplomática que en términos generales fue prudente, salvo por la intervención de Elliot en los primeros meses de 1845. Sin embargo, el gobierno inglés trató de impedir la anexión bajo el pretexto de conseguir para Texas el reconocimiento de México, ya que con ello afirmaba la presencia de Europa en América. Además, Aberdeen confesó abiertamente su intención de luchar por la abolición de la esclavitud con las fuerzas que tuviera a su alcance, confesión que no hizo sino alarmar a los defensores de la esclavitud y del expansionismo en Texas y en los Estados Unidos, quienes, a su vez, se valieron de esta amenaza inglesa para inflamar el nacionalismo norteamericano todavía muy susceptible ante Inglaterra por el recuerdo de las dos guerras que habían peleado. Sorprende que ni Elliot ni sus superiores parecieran darse cuenta de que, de alguna manera, trabajaban a favor de la anexión al tratar de conseguir a Texas lo que ésta tanto necesitaba para lograrla, el reconocimiento de México o, al menos, una tregua con los mexicanos mientras la consumaban. En vísperas de los dos intentos de anexión, el fallido y el exitoso, Texas había conseguido un armisticio con México y, en ambos casos, tanto Murphy como Donelson consideraron que, si México atacaba, los Estados Unidos tendrían derecho a intervenir porque se estaba violando un acuerdo que afectaba los intereses norteamericanos, amén de que les preocupaba sobremanera que se perdieran las tierras entre el Nueces y el Río Bravo.

Si se puede hablar de una constante en la correspondencia de los enviados, ésta es que todos coincidieron en señalar el deseo de la inmensa mayoría del pueblo texano por unirse a los Estados Unidos. Por otro lado, todos ellos también, incluso el mismo Eve, de filiación whig, estuvieron a favor de la anexión, aunque sólo a dos de ellos les tocó presenciar

las negociaciones que condujeron, finalmente, a su logro. En el caso del primer intento, mediante un tratado, las negociaciones se llevaron a cabo en Washington, y allí los representantes del gobierno texano pusieron sus condiciones, por lo que Murphy no jugó un papel decisivo.

El caso de Donelson es distinto. Fue sin duda el encargado de negocios en Texas con más relaciones públicas y experiencia política. Se comprende que el Departamento de Estado enviara a una persona con sus méritos desde el momento en que Tyler decidió buscar la anexión por medio de una resolución conjunta del Congreso —recurso que ya había sido sugerido por Henderson desde la temprana fecha de 1836— porque, debido a este procedimiento, la decisión final recaería en Texas: como se trataba de una invitación a la república de la “estrella solitaria” de unirse a los Estados Unidos sin mediar la negociación de un tratado, correspondía a los políticos y al pueblo texano el decidir. Es por ello que, además de experiencia, se necesitara en el cargo a un amigo de Houston, como también lo había sido Howard, el antecesor de Donelson, fallecido recién se encargó de la legación. Los enviados anteriores, con poca experiencia diplomática, no sólo fallaron ocasionalmente en sus apreciaciones y actuación, sino que fueron utilizados por los texanos y hasta por sus mismos rivales. Donelson, en cambio, dueño de un agudo cálculo político, desde un principio dominó la situación: sabía lo que él y su gobierno deseaban y lo que querían los políticos texanos encariñados con el poder; sabía lo que sucedía en Texas y lo que tenía que hacer para lograr su objetivo y conocía la fuerza bélica de su país como para no tomar en cuenta la texana y, con aquella sola, planear la obtención del territorio entre el Nueces y el Bravo, mediante una guerra a la que los mexicanos no respondieron y que finalmente provocarían los Estados Unidos.¹⁰⁵

Por último, las figuras que más ocupan la atención de los ministros norteamericanos son Houston, Elliot y Jones. Como secretario de Estado durante la gestión de Murphy, Anson Jones supo ganarse la confianza del desconfiado norteamericano que a veces dudaba de la sinceridad de Houston. Sin embargo, cuando Donelson llegó a Texas, Jones ya era presidente y se rumoraba que simpatizaba más con Inglaterra que con los Estados Unidos. Sin embargo, Donelson no se preocupó por Jones ni lo vio como una amenaza a su misión. Comprendía la difícil situación del recién estrenado presidente de tan inmensa república, que pronto tendría que renunciar a su cargo sin haber tenido, al menos, la oportunidad

¹⁰⁵ La situación interna de México era por demás compleja, ya que en ella pesaban, entre otros, intereses españoles. Véase Miguel Soto, *La conspiración monárquica en México, 1845-1846*, México, EOSA, 1988, 82 p. (Colección Historia).

de negociar ventajas que lo favorecieran en el futuro. Donelson se limitó con habilidad a presionarlo para que optara por las dos primeras cláusulas de la resolución conjunta, convocase al Congreso y a la convención y solicitara formalmente la ayuda del ejército norteamericano. Sin embargo, Donelson no ocultó su enojo cuando se enteró que Jones había negociado en secreto con Inglaterra. Hasta la última de sus cartas recordó a su propio gobierno y al texano, lo que consideró una traición de Jones, traición por lo demás inútil porque el pueblo texano quería la anexión, mas delatarla ayudaba al juego diplomático.

La figura de Elliot se puede apreciar a través de tres distintas perspectivas. Eve vio en Elliot a un amigo interesado, como él, en el bien de Texas y a un diplomático honesto, a quien comparó ventajosamente con Saligny. Elliot fue, en cambio, fuente de toda clase de temores para Murphy, cabeza del complot destinado a arruinar la anexión y suma de la animosidad inglesa. Donelson, por su parte, no dio credibilidad a los rumores que sobre Elliot corrían, aunque llegó a pensar que, de ser ciertos, favorecerían sus intereses; y, cuando tuvo la certeza de que el inglés había ido a México y regresado con el reconocimiento de la independencia de Texas, tampoco dio importancia al asunto, se limitó a reprobar la conducta de su colega, pero no consideró que afectara sus planes.

Houston es otro cantar. Si la actuación de figuras como las de Anson Jones y Ashbel Smith ha suscitado dudas, las verdaderas intenciones de Houston no fueron evidentes para todos sus contemporáneos y aún se debaten. Morfit, el enviado secreto de Jackson, ni siquiera se tomó la molestia de hablar de Houston porque sabía que era un leal amigo del presidente y de la anexión. Poco se ocuparon también del héroe de San Jacinto LaBranche y Flood. Al primero tocaron los difíciles momentos en que el Congreso norteamericano no recibió la solicitud de anexión y cuando, meses después, el propio Houston ordenó retirarla. Tampoco Flood, partidario de la anexión y de la expansión de su país hacia California, pareció tener una relación cordial con Houston; por el contrario, se alarmó cuando Inglaterra reconoció a Texas y la prensa local, entusiasmada con la noticia, sugirió olvidarse de los Estados Unidos.

Eve, el único encargado de negocios perteneciente al Partido Whig, no se refirió a Houston en su correspondencia, ni alcanzó a darse cuenta de que, durante su estancia en Texas, éste orquestó todo un concierto de alarmas que su buena fortuna completó con los acordes de las andanzas de Andrews en Londres y la simpatía de Aberdeen por los abolicionistas. Sin embargo, pese a no pertenecer al partido favorable a la anexión, Eve acabó convencido de las bondades de ésta, aunque al final de su gestión pareció gustarle que Houston, como éste le

hizo creer y por sus propias razones partidistas, hubiera escogido el camino de la independencia definitiva de Texas.

En cambio Murphy, cuyo celo igualaba su ingenuidad, fue en verdad utilizado por Houston para que alarmara a su gobierno con la amenaza de la intriga inglesa. Este temor no lo abandonó ni siquiera cuando Texas negoció con los Estados Unidos el primer tratado de anexión, y llegó a estar convencido de que Houston favorecía más a Inglaterra que a los Estados Unidos, lo que no le impidió cuidar de la suerte de las tierras entre el Nueces y el Bravo y preparar su defensa en caso de que México atacara.

Por su parte, Donelson no pareció sorprenderse ante la negativa de Houston de no aceptar las dos primeras secciones de la resolución conjunta, prefiriendo la negociación de un nuevo tratado; negativa que éste recalcó con quejas sobre su mala situación económica. Houston no era sólo un gran maquinador sino también un negociador y la nueva propuesta de anexión, que no requería de la discusión de un tratado, le quitaba la oportunidad de sacar ventaja a dos asuntos cruciales, la deuda y las tierras públicas de Texas. Sin embargo, Donelson continuó con sus planes sin el apoyo de Houston y buscó, con éxito, la mejor manera de resolver la crisis regional texana que podía afectar tanto la votación en el Congreso como la conformación de la convención. Por lo demás, en cuanto consiguió la protección militar para Texas y cuando precisamente se habían hecho públicas las negociaciones de Anson Jones con México a través de Inglaterra, Houston dijo a Donelson que la mejor opción para Texas era la propuesta de Polk. El héroe de San Jacinto había jugado bien sus cartas en el plano nacional y en el internacional. De no haberse logrado la anexión, Texas, rica en recursos, hubiera contado con el apoyo inglés, pero Inglaterra no le hubiera permitido, ni menos prestado, su ayuda para crecer sobre el territorio mexicano. Razón a menudo pasada por alto al explicarse las conveniencias para Texas y, por ende, para los Estados Unidos. Poco después de aprobada la anexión Houston explicó su conducta al declarar que “había coqueteado un poco con la Gran Bretaña para despertar, tanto como pudiera, los celos de los Estados Unidos hacia esa potencia”.¹⁰⁶

¹⁰⁶ Citado en Llerena Fiend, *Sam Houston. The Great Designer*, Austin, University of Texas Press, 1969, p. 155.

FUENTES CONSULTADAS

FUENTES PRIMARIAS

- EUA, The National Archives of Washington, Records of the Department of State, MP, *Despatches from the United States Ministers to Texas, 1836-1845*, rollo 1.
- , The National Archives from Washington, Records of the Department of State, MP, *Despatches from the United States Ministers to Texas, 1836-1845*, rollo 2.
- , The National Archives from Washington, Records of the Department of State, MP, *Diplomatic Instructions, 1837-1845. Texas*, rollo 161.
- , The National Archives from Washington, Records of the Department of State, MP, *Diplomatic Instructions, 1801-1906. México*, rollo 111.
- , The National Archives from Washington, Records of the Department of State, MP, *Notes to Foreign Legation in the United States from the Department of State, 1834-1854. México*, rollo 69.
- , The National Archives from Washington, Records of the Department of State, MP, *Notes from the Mexican Legation in the United States to the Department of State, 1821-1845*, rollo 1.

COLECCIONES DOCUMENTALES

- BOSCH GARCÍA, Carlos, *Documentos de la relación de México con los Estados Unidos. III. El endeudamiento de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1984.
- COMMANGER, Henry Steele, *Documents of American History, to 1898*, Englewood Cliffs, New Jersey, Prentice-Hall, Inc. 1973.
- GARRISON, George Pierce (ed.), *Diplomatic Correspondence of Texas*, 3 v., Washington, Annual Report of the American Historical Association for the Years 1907-1911.
- JONES, Anson, *Memoranda an Oficial Correspondence of the Republic of Texas, its History and Annexation*, New York, 1959.
- MANNING, William R. (ed.), *Diplomatic Correspondence of the United States. InterAmerican Affairs, 1831-1860*, Washington, Carnegie Endowment for International Peace, 1939, v. XII.



SUÁREZ ARGÜELLO, Ana Rosa, *EUA. Documentos de su historia. Democracia, expansión y guerra civil 1828-1865*, México, Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora, 1988, v. 2.

WILLIAMS, A.W. y E. C. Barker (ed.), *The Writings of Sam Houston*, Austin, University of Texas Press, v. IV.

FUENTES SECUNDARIAS

ADAMS, Ephraim D., *British Interests and Activities in Texas. 1838-1846*, Gloucester, Mass., Peter Smith, 1963.

ARRIAGA, Víctor Adolfo, et al. (comp.), *Estados Unidos visto por sus historiadores*, 2 v., México, Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora, Universidad Autónoma Metropolitana, 1991.

BEMIS, Samuel Flagg, *The American Secretaries of State and their Diplomacy*, New York, Cooper Square Publishers, Inc., 1963, v. IV.

———, *The Latin American Policy of the United States*, New York, Harcourt Brace & Co., 1943.

BRUHL, Marshall de, *Sword of San Jacinto. A Life of Sam Houston*, New York, Random House, 1993.

CALLAHAN, James Morton, *American Foreign Policy in Mexican Relations*, New York, Cooper Square Publishers, Inc., 1967.

COIT, Margaret, *John C. Calhoun American Portrait*, Columbia, South Carolina, South Carolina Press, 1991.

CONNOR, Seymour, *Texas, a History*, Arlington Heights, III, AHM Publishing Co., 1971.

DEUSEN, Glyndon G. van, *The Jacksonian Era, 1828-1848*, New York, Harper and Row, 1959.

FIEND, Llerena, *San Houston. The Great Designer*, Austin, University of Texas Press, 1969.

FREEHLING, William W., *The Road to Disunion. Secessionists at Bay, 1996-1854*, New York, Oxford University Press, 1990.

GAMBRELL, Herbert, *Anson Jones, the Last President of Texas*, Austin, University of Texas Press.

- GONZÁLEZ ORTIZ, Cristina, “Las Floridas y el expansionismo norteamericano en México”, en Virginia Guedea y Jaime E. Rodríguez (ed.), *Five Centuries of Mexican History. Cinco Siglos de Historia de México*, Papers of the VIII Conference of Mexican and North American Historians, San Diego, California, octubre 18-20, 1990, México, Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora-University of California Irvine, 1992, v. II, p. 387-410.
- JAMES, Marquis, *The Raven. A Bibliography of Sam Houston*, Austin, University of Texas Press, 1991.
- MERK, Frederick, *Fruits of Propaganda in the Tyler Administration*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1971.
- , *Slavery and the Annexation of Texas*, New York, Alfred A. Knoff, 1972.
- MORAUD, Marcel, “The diplomatic relations of the Republic of Texas”, en *The Rice Institute Pamphlet*, Texas, 4 de diciembre de 1955, p. 29-54.
- MOYANO PAHISSA, Ángela, *México y Estados Unidos: orígenes de una relación 1819-1861*, México, Secretaría de Educación Pública, 1987.
- NEVINS, Allan, *Ordeal of the Union*, New York, Charles Scribner’s Sons, 1947, v. II.
- POTTER, David, *The Impending Crisis. 1948-1861*, New York, Harper and Row Publishers, 1976.
- PLETCHER, David, *The Diplomacy of Annexation. Texas. Oregon and the Mexican War*, Columbia, Missouri, University of Missouri Press, 1975.
- REEVES, Jesse S., *American Diplomacy under Tyler and Polk*, Gloucester, Mass., Peter Smith, 1967.
- REICHSTEIN, Andreas V., *The Rise of the Lone Star. The making of Texas*, College Station, Texas, A & M University Press, 1989.
- RIVES, George L., *The United States and Mexico, 1821-1848*, New York, Scribner’s Sons, 1913, v. I.
- SIEGEL, Stanley, *A Political History of the Texas Republic. 1836-1845*, New York, Haskell House Publishers Ltd., 1973.
- SILVERSTHORNE, Elizabeth, *Ashbel Smith of Texas. Pioneer, Patriot, Statesman, 1805-1886*, College Station, Texas A & M University Press, 1982.
- SMITTER, Harriet, “English abolitionism and the annexation of Texas”, en *Southwestern Historical Quarterly*, (32), enero de 1929, p. 193-205.



SMITH, Justin, *The Annexation of Texas*, New York, AMS Press, 1971.

SOTO, Miguel, *La conspiración monárquica en México, 1845-1846*, México, EOSA, 1988.

STUART, Reginald C., *War and American Thought*, Kent, Ohio, The Kent University Press, 1982.

ZORRILLA, Luis G., *Historia de las relaciones entre México y los Estado Unidos, 1800-1958*, México, Editorial Porrúa, 1977, v. I.